

SERVICIO
SECRETO

SS

JENNY TUCSON, DETECTIVE PRIVADO

Clark Carrados

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS





SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

JENNY TUCSON, DETECTIVE PRIVADO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.591

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 38.618 - 1980
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: febrero, 1981
© Clark Carrados -1981

texto
© Miguel García - 1981

Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

Como casi todos los días, Corey Randall Tucson se detuvo ante el puesto de periódicos, sacó una moneda, la lanzó al aire y sonrió mientras el vendedor la atrapaba con la mano. Luego se inclinó para coger uno de los diarios de la tarde.

—¿Todo bien, señor Tucson? —preguntó el vendedor.

—No puedo quejarme, Randy —contestó el cliente.

—Lo celebro.

—Gracias.

A pocos pasos de distancia, había un individuo, apoyado en una cabina telefónica, muy ocupado en la lectura de un periódico. Tucson desplegó el suyo y caminó unos pasos. Su casa estaba ya muy cerca.

Una mujer salía del edificio contiguo, con un cochecito de niño por delante.

—Randy, ¿me lo cuidarás mientras traigo al chico? —preguntó.

—¡Claro, señora Matterson!

El coche quedó justo detrás de Tucson. La calle hacía una pendiente de cierta inclinación en aquel punto. En el mismo momento, el tipo que leía el periódico apaciblemente sacó una pistola.

Nadie se dio cuenta de la maniobra, ni siquiera Tucson. El diario había ocultado los movimientos del pistolero.

De repente, sonó una detonación.

La señora Matterson, que iba a entrar en la casa, se volvió y lanzó un chillido.

Tucson retrocedía, con la angustia pintada en el rostro. A través de su periódico, sostenido con la mano izquierda, el pistolero hizo fuego dos veces más.

Tucson se tambaleó y cayó de espaldas. El cochecito de niño estaba justo tras él y se sentó. Fue una caída algo violenta, y el

freno saltó, y el cochecito empezó a deslizarse calle abajo, mientras el pistolero coma hacia un coche estacionado en las inmediaciones.

Mientras, se había organizado un jaleo mayúsculo.

Randy, el vendedor, se había agachado tras una pila de diarios. La señora Matterson chillaba más y mejor. Y el cochecito, con su insólito ocupante a bordo, descendía cada vez a mayor velocidad por la pendiente.

Un policía que había en las inmediaciones oyó los disparos y los gritos y miró a todas partes. Lo único que pudo ver fue un coche de niño que parecía suelto.

—¡Diablos! —exclamó, al darse cuenta de que en el cochecito había un extraño ocupante.

Tucson estaba parcialmente apoyado en la capota y sus brazos y piernas colgaban laciamente al exterior. La pechera de su camisa estaba totalmente enrojecida.

A cincuenta pasos de distancia, los disparos habían sonado como pequeños cohetes. El coche de niño incrementó la velocidad.

Una pareja de «hippies» transitaban en aquel momento por la acera.

—Mira, tú, el abuelo tiene ganas de jugar —dijo el hombre.

Ella se puso la mano en el seno izquierdo.

—¿Te parece que le dé teta? —se burló.

Pero el coche pasaba en aquel instante por delante de ellos, la chica vio la sangre y se puso a chillar, mientras su compañero simulaba torear al vehículo.

El policía echó a correr como loco para alcanzar al cochecito. Randy se atrevió a salir de su parapeto.

—¡Es el señor Tucson! —gritó—. Le han disparado.

El cochecito saltó al fin la acera y empezó a cruzar una calle transversal, justo en el momento en que llegaba un automóvil, con cierta fuerza, porque tenía el semáforo abierto.

La aleta delantera derecha golpeó el cochecito de niño, haciéndolo volar por los aires, junto con su ya inanimado ocupante. En el vuelo, el cochecito y Tucson se separaron. Éste cayó al suelo, dio dos vueltas sobre sí mismo y quedó tendido boca arriba, con los brazos y las piernas extendidos.

El conductor no pudo frenar su vehículo, cuyas dos ruedas pasaron justamente por encima del tórax de Tucson.

El griterío era ensordecedor. Dos mujeres se desmayaron. El conductor del automóvil pudo frenar al fin, se apeó, corrió hacia la zaga, vio el horrible espectáculo y se puso a vomitar.

Mientras tanto, el pistolero había desaparecido.

—De modo que te marchas —dijo la joven.

El interpelado asintió en silencio, mientras metía algunos papeles en una cartera de mano.

—No puedo creérmelo, Fabián —dijo ella.

Fabián Trent elevó la vista y contempló unos instantes a la mujer que tenía frente a sí, vestida solamente con un traje de baño de dos piezas y una bata corta, abierta por delante. La parte superior del traje de baño contenía difícilmente los hermosos senos de la joven. Había otras personas en la casa, de lo contrario, Linda Oppenwood habría estado con el pecho desnudo.

—Te lo creas o no, me marcho ahora mismo —respondió Trent por fin.

Cerró el portafolios, lo dejó sobre la mesa y sacó un pañuelo, con el que se limpió los lentes. Era un hombre de unos treinta años, bien parecido y de aspecto un tanto vulgar, de un metro setenta y cinco centímetros de estatura, pelo rubio y ojos muy azules.

—Pero no entiendo. Aquí tienes todo lo que quieres; él te paga un sueldo principesco —dijo Linda.

—No todo consiste en dinero —repuso Trent—. Hay algo que se llama dignidad.

—Te echaré de menos, Fabián. Me gustaba mucho charlar contigo. Eres el único tipo decente de esta casa.

—Gracias. Si piensas así de mí, comprenderás por qué me marcho.

—Es verdad —admitió ella—. Esto es una cueva de ladrones.

La puerta se abrió repentinamente.

Un hombre de unos cincuenta años de edad, robusto, ancho de hombros y medio calvo, entró bruscamente, siguiendo a un humeante cigarro de un palmo de longitud.

Detrás de él había otro sujeto, que le pasaba una cabeza, delgado y de ojos hundidos en las cuencas.

Trent se fijó únicamente en el primero.

—Señor Charlington...

—Me han dicho que te vas, Fabián —exclamó el recién llegado.

—Sí, señor.

Charlinton se quitó el cigarro de la boca.

—Linda, lárgate. Y tú también, Hyle.

Linda y el tipo de los ojos hundidos abandonaron el despacho sin rechistar. Charlinton se acercó al joven.

—Bueno, Fabián, suéltalo de una vez. ¿Estás descontento de mí?

—De usted, personalmente, no.

—Entonces, ¿por qué diablos...? Te pago mil quinientos al mes, no te exijo horario fijo, puedes trabajar a la hora que te apetezca, te regalé un coche hace dos meses... ¿Qué más diablos quieres?

Trent guardó silencio. Charlinton le miró oblicuamente.

—¿Linda? Ah, comprendo; la chica te gusta. Bueno, yo empiezo a cansarme de ella. Puedes quedártela, me he dado cuenta también de que Linda no te mira con malos ojos.

—No se trata de Linda, señor Charlinton.

—Pues entonces, no lo entiendo. ¡Suéltalo de una vez, rayos!

Trent se acercó a la mesa y tocó con la mano una pequeña pila de libros de contabilidad.

—Es esto —dijo.

Hubo un instante de silencio.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlinton al fin.

—No me gusta —respondió el joven.

—Escucha, no soy el único que lo hace.

—Ya me lo imagino, pero no quiero tomar parte en este amaño.

—Fabián, en este mundo, ¿quién hay totalmente honrado? Sólo se trata de un pequeño engaño al fisco. Tú eres un malabarista con los números y nadie lo notaría.

—Los inspectores del fisco son más hábiles que yo. Pero aunque no lo descubrieran, sigo sin querer tomar parte en el asunto. Sólo lamento haberlo descubierto demasiado tarde. De lo contrario, créame, me habría marchado mucho antes.

Charlinton se enfureció.

—Fabián, quien trabaja para mí una vez, no lo deja jamás, ¿entendido? —gritó.

—Voy a marcharme ahora mismo —dijo Trent sin alzar la voz.

Charlinton dio un par de pasos, levantó la mano y golpeó la mejilla del joven. Los lentes saltaron por los aires y cayeron al suelo, sin romperse, por fortuna, gracias a la espesa alfombra que

cubría el pavimento.

—¡Escucha, te subiré el sueldo quinientos más!

Trent no contestó. Inclínándose, recogió los lentes y volvió a ponérselos.

—Puede estar seguro de una cosa, señor Charlinton: seré discreto y no diré nada a nadie. Pero tendrá que contratar a otro contable, si quiere seguir adelante con sus procedimientos.

Charlinton tiró el puro al suelo y lo pisoteó, sin importarle en absoluto la costosa alfombra.

—Estás loco, maldita sea... No encontrarás trabajo en ninguna parte.

Trent se encogió de hombros y avanzó hacia la puerta.

De pronto, Charlinton inició un rugido:

—¡Fabián!

El joven se volvió.

—¡Te he dado una bofetada! ¿No eres capaz de sentirte ofendido? —sonrió Charlinton—. Otro, en tu lugar, me habría devuelto el golpe.

—No quise hacerle daño —respondió Trent, sin variar de expresión.

Sonó una burlona carcajada.

—¡Qué gracia! Tú, hacerme daño... Si a duras penas puedes sostener esa cartera. Es la cosa más divertida que he oído en mi vida.

Trent abrió la puerta. Hyle y Linda aguardaban al otro lado.

De pronto Charlinton emitió un bramido:

—¡Hyle, Fabián se va! ¡Dale una buena torta como despedida!

—Sí, señor —contestó el tétrico individuo.

Linda, aprensiva, se retiró unos pasos. Hyle alzó la mano y se dispuso a golpear al joven.

Pero entonces Trent soltó su portafolios, elevó las manos y asió el brazo de Hyle. Un instante después, el sujeto volaba por los aires. Luego cayó al suelo, resbaló unos metros, atropello una consola, derribó un jarrón que había encima y al fin se estrelló contra la pared opuesta.

Tranquilamente, sin inmutarse, Trent recobró su portafolios y miró a Charlinton, que tenía la boca abierta.

—Dije antes que no quería hacerle daño —habló sin abandonar

un solo instante su actitud calmosa y flemática—. Adiós, Linda.

—Suerte, Fabián —contestó la exuberante rubia.

CAPÍTULO II

La muchacha estaba sentada rígidamente frente a la mesa del despacho.

Era alta, espigada, de pelo tan negro como el vestido que llevaba en aquellos momentos, y su hermoso rostro aparecía limpio de todo maquillaje.

Detrás de la mesa había un hombre de unos sesenta años, que usaba unos anticuados lentes de pinza, sujetos al ojal de su chaqueta mediante una cinta de seda negra. El hombre tenía en las manos una serie de documentos, de cuyo contenido había informado a la muchacha.

—De modo que ahora, yo...

—En efecto, señorita Tucson. Su padre había otorgado testamento hace un par de años y la nombró a usted heredera universal de cuánto poseía. Entre los bienes que le pertenecen figuran sus cuentas corrientes, con un total de ochenta y siete mil dólares, acciones por valor de cien mil, una casa en Meeker Hills... y, naturalmente, la titularidad del negocio. Todo eso será oficialmente suyo a partir del momento en que firme los documentos pertinentes. Ah, olvidaba una cosa; en el «*parking*» del edificio donde vivía, hay un coche que tiene escasamente quinientos kilómetros. También es suyo. Yo le entregaré las llaves y el encargado le indicará cuál es el coche.

La muchacha se pasó una mano por la frente.

—Me siento aturdida —murmuró—. Tantos años sin noticias de mi padre, y la primera que recibo es de su asesinato.

—Lo siento de veras, señorita —dijo el abogado, mirándola con simpatía—. Yo también me llevé una fuerte impresión al conocer la noticia de su muelle. Éramos buenos amigos y, en ocasiones, le había encomendado alguna investigación.

—¿Se sabe ya por qué le mataron, señor Ewisham?

El abogado carraspeó.

—Verá, señorita Jennifer. Creo mi deber ser absolutamente sincero con usted. Hace ya bastante tiempo que, sin mengua de la amistad, no tenía trato profesional con su padre. No... no andaba con buenas compañías...

—¿Negocios turbios?

Ewisham asintió.

—Si —dijo escuetamente.

—¿Qué clase de negocios?

—Lo ignoro. Repito que hace ya mucho tiempo que no teníamos trato profesional. Hace cuatro años, su padre estuvo metido en un pequeño lío. Yo le saqué del apuro, pero le dije que ya no volvería a encargarle ningún trabajo. Compréndalo, debo velar por la reputación de esta firma de abogados.

—Sin embargo, aceptó hacerse cargo del testamento.

—No podía eludirlo, porque no había compromiso para nosotros.

—Comprendo. ¿Sabe por qué le asesinaron?

—Le recomiendo que vaya a ver al sargento Broxnum. Está encargado del caso —respondió el abogado.

—Gracias, señor Ewisham. Entonces, no me hace falta más que fumar...

—Aquí tiene todos los documentos, señorita Jennifer.

La muchacha firmó. Luego tomó dos pares de llaves que le ofrecía Ewisham.

—Señorita —dijo el abogado—, aunque conocí bastante a su padre, él nunca mencionó a la familia, hasta que me dijo que iba a otorgar testamento y la mencionó a usted.

—Hace quince años, nos abandonó a mi madre y a mí. Ya no hemos vuelto a verle —contestó ella heladamente.

Ewisham movió la cabeza. Un pequeño drama familiar, pensó.

Jenny Tucson se marchó poco después. Tomó un taxi y dio al conductor la dirección de la casa de su padre.

Ahora era ella la dueña de la agencia de detectives. Habría alguien en las oficinas. Se preguntó si debería continuar con el negocio. No tenía la menor experiencia, aunque aquel mismo año había obtenido su título de abogado.

Pero según había declarado Ewisham, su padre había

intervenido en asuntos nada honestos. Quizá la fama, nada agradable, había recaído también sobre la agencia.

¿Merecería la pena en tal caso, seguir adelante con el negocio?

Media hora más tarde, se apeó del taxi, pagó la carrera y se detuvo un instante frente al edificio en que había vivido su padre. Era una casa de aspecto bastante agradable, situada en una zona muy concurrida.

A poca distancia, había un puesto de periódicos. ¿No era allí donde, según sus noticias, había sido asesinado su padre?

Al cabo de unos momentos, entró en el edificio.

El vestíbulo era grande, de suelo espejeante, con un mostrador para el conserje, el cual la miró con curiosidad. Ella se le acercó sin vacilar.

—Soy Jennifer. Bueno, Jennifer Tucson. La hija del difunto señor Tucson. ¿Puede decirme cuál es su apartamento?

—Oh, señorita Tucson, Yo soy Buddy, al menos, así me llaman todos... Siento muchísimo lo que le sucedió, a su padre. Todos le apreciábamos enormemente.

—Gracias, señor Buddy.

—Buddy a secas, señorita —sonrió el conserje—. Su padre vivía en el 4 E. ¿Tiene la llave?

—Sí, gracias. Por cierto, creo que hay un coche en el «*parking*».

—En efecto, un «Chevrolet» azul claro, de este año. Monty, el mozo, le indicará más detalles, si lo desea.

Jenny hizo un gesto de sorpresa.

—Un coche último modelo —dijo.

—Sí, su padre lo compró apenas una semana antes de... de...

—Gracias, Buddy.

Un hombre entró en la casa en aquel momento y atravesó el vestíbulo en dirección a los ascensores.

—Buenas tardes, señor Trent —saludó el conserje.

—Hola, Buddy —dijo el recién llegado.

Jenny se acercó también al ascensor. Trent la dejó pasar primero y luego le consultó a qué planta se dirigía.

—Yo también voy a la cuarta —sonrió ligeramente.

Ninguno de los dos se conocía y permanecieron en silencio hasta que se hubo detenido el ascensor.

Al salir, echaron a andar en la misma dirección. Trent quedó

ligeramente rezagado.

Jenny llegó ante la puerta señalada con la letra E, abrió el bolso, sacó la llave y la insertó en la cerradura. Trent hizo la misma operación en la puerta situada justo enfrente.

Jenny abrió. Trent hizo lo mismo. De repente, oyó un agudo grito y se volvió alarmado.

La muchacha estaba parada a pocos pasos de la puerta, contemplando el singular espectáculo que se ofrecía ante sus ojos.

Trent, cortés, cruzó el pasillo.

—¿Le ocurre algo, señorita?

De pronto, se quedó estupefacto.

El interior de la casa parecía espantosamente revuelto. Era como si se hubiese desencadenado un ciclón en el interior. No había quedado un mueble sano; incluso las patas de las sillas que eran de madera habían sido quebradas, sin duda para ver si alguna de ellas estaba hueca.

El gran sofá de la sala aparecía completamente desvendado. Los libros de una estantería yacían en el suelo, con las tapas rasgadas.

Dos artísticos jarrones habían sido rotos despiadadamente. Hasta la lámpara del fondo había sido destrozada.

La devastación era total. En algunos puntos hasta se había levantado parte del pavimento.

—Dios mío... —dijo Jenny, cuando al fin pudo hablar—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Le aconsejo que llame a la policía, señorita —dijo Trent.

Jenny se volvió rápidamente.

—¿Vive usted también aquí? —preguntó.

—A decir verdad, desde hace solamente dos días. Pero si necesita algo de mí... Soy Fabián Trent —se presentó él.

—Me llamo Jenny Tucson. Ésta es la casa de mi padre, muerto la semana pasada. Y acabo de llegar... Sí, tiene usted razón, señor Trent; lo mejor será llamar a la policía.

—¿Quiere que le ayude a ordenar las cosas?

—No, gracias, no se moleste por mí. Encantada, señor Trent.

—Lamento lo sucedido, señorita Tucson.

Trent volvió a su apartamento y se fue al baño. Una chica muy hermosa, pensó. Pero casi en el acto dio de lado a Jenny. Tema cosas más importantes en la mente.

Había dejado a Charlington y no estaba seguro de que el individuo no quisiera jugarle una mala pasada. Confiaba, sin embargo, en haberle despistado, cambiándose de domicilio. Si tema suerte, el tiempo pasaría con normalidad y Charlington acabaría por olvidarse de él.

Cuando salió del apartamento, Trent vio cenada la puerta de enfrente, y sólo entonces reparó en la placa de metal dorada que había en el centro: «C.R. TUCSON. INVESTIGADOR PRIVADO», leyó. Hizo un leve gesto y se fue al ascensor.

Un cuarto de hora más tarde, entraba en un bar. Sentado ante el mostrador, había un hombre de su edad que le saludó afectuosamente.

—Dichosos los ojos... ¿Qué es de tu vida, Fabián?

—Estoy sin trabajo, Peter Bill —Trent se dirigió al camarero—. Dame una cerveza, ¿quieres?

—Sí, al momento.

Peter Broxnum arqueó las cejas.

—¿He oído bien, Fabián? ¿Estás sin trabajo?

—Tus tímpanos funcionan con normalidad. He plantado a Charlington.

Hubo un instante de silencio. Luego, Broxnum dio una fuerte palmada en el hombro del joven.

—Fabián, me has dado la mayor alegría de mi vida —exclamó—. Francamente, cada vez que pensaba que trabajabas para ese buitro, me ponía enfermo. No lo lamentes; has tomado una decisión verdaderamente acertada.

—Empecé a ver cosas que no me gustaban. Y no sólo las veía, sino que tenía que hacerlas. Entonces comprendí por qué me pagaba aquellos sueldos tan elevados.

—Es un miserable, aunque listo de veras. Pero algún día le pillaremos y pagará sus canalladas. Bueno, Fabián, ¿qué piensas hacer ahora?

—No lo sé, francamente. Supongo que tendré que buscarme un empleo, aunque por el momento no tengo prisa. Ahorré algún dinero y puedo mantenerme a flote una temporada.

De repente, sonó una voz femenina, clara y bien timbrada.

—¿Sargento Broxnum?

Trent reconoció la voz y se volvió, enormemente sorprendido.

—Sí, en efecto, soy yo —contestó el policía—. ¿Con quién tengo el honor...?

—Mi nombre es Jenny Tucson y soy la hija de Corey Tucson. He estado en Jefatura y allí me indicaron dónde podía encontrarle, sargento.

—Señorita, en estos momentos he terminado mi trabajo —alegó Broxnum—. Pero si necesita de mí, estoy dispuesto a atenderla con mucho gusto. Mañana, a partir de las nueve en mi oficina.

Jenny pareció sentirse desconcertada. Trent dio un codazo a su amigo.

—Vamos, Peter, sé galante —exclamó—. Casualmente, he tomado un apartamento frente al de la señorita. Nos hemos conocido esta tarde y en circunstancias no demasiado agradables. ¿No es así?

Jenny asintió.

—Alguien entró en el apartamento y lo devastó —dijo.

—No tenía la menor noticia, claro que yo no me ocupo de robos —se disculpó Broxnum—. Pero, en fin, dígame qué quiere de mí.

—Se trata de mi padre. El abogado Ewisham, al entregarme el testamento, dijo que usted está encargado del caso.

—Así es, aunque hasta ahora no sabemos quién lo mató, señorita.

—¿Saben por casualidad cuáles fueron los motivos?

Broxnum vaciló. Trent saboreaba la cerveza, mero espectador del diálogo.

—Vamos, no tema —dijo Jenny—. Soy fuerte y puedo soportar cualquier mala noticia.

—Conocí un poco a su padre —declaró el policía—. Nunca mencionó nada de una hija.

—Nos abandonó, a mi madre y a mí, hace quince años.

—Oh, lo siento... Verá, señorita Tucson, sospechamos que su padre andaba metido en negocios deshonestos. Sólo son sospechas —agregó apresuradamente Broxnum—. No hay ninguna prueba, pero...

—Cuando el río suena, ¿eh? —dijo Jenny con amarga ironía—. El abogado Ewisham también mencionó algo al respecto, sargento.

Broxnum pareció un tanto turbado.

—Yo... No sé qué decirle... Hubo un tiempo en que su padre fue

muy considerado; tenía una excelente reputación. Pero después, sus pasos se torcieron.

—¿Qué dirección tomaron esos pasos, sargento?

Broxnum se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Venga mañana a mi oficina —contestó evasivamente.

—Estaré allí a las nueve en punto, sargento.

Trent contempló a la muchacha. Guapa, inteligente, y enérgica, pensó.

—La recibiré con mucho gusto, señorita Tucson —contestó Broxnum.

Jenny se volvió hacia el joven.

—Disculpe la interrupción, señor Trent.

—Oh, no tiene importancia.

Ella hizo una leve inclinación de cabeza y se retiró con paso firme y elástico.

Tenía las piernas largas, bien formadas. «De velocista nata», se dijo Trent.

Alzó la mano y llamó al *barman*.

—Bill, dos cervezas más —encargó. Luego se volvió hacia el policía—. Peter, tú sabes algo más de Tucson —añadió.

Broxnum hizo un gesto afirmativo.

—Lo que me extraña es que no lo apiolasen antes.

—¿Sospechas de alguien?

—Desconocemos el nombre del asesino que disparó contra Tucson. Sin embargo, sospechamos de una persona.

—¿Puedo saber el nombre?

—No hay inconveniente. Charlington.

—Vaya —murmuró Trent—. Mi expatrón.

—Has hecho bien en dejarlo. Por cada dólar honrado que entra en sus arcas, gana nueve con procedimientos que no tienen nada de legales. Es posible que Tucson hubiese averiguado algo que lo comprometía gravemente. Incluso sospechamos que debió querer hacerle chantaje.

—Entonces, ordenó que lo despachasen y lo mandasen al otro barrio.

—Exacto. Y de ahí viene el registro en su casa.

—Lo cual puede significar que Tucson había conseguido pruebas que podrían destruir a Charlington.

—Es lo más probable. Aunque la pregunta surge a continuación, irremisiblemente: ¿dónde están esas pruebas?

—Y la respuesta es: o los que registraron el piso las encontraron y se las llevaron, o Tucson las tenía muy bien escondidas.

—Es lo que pienso yo. Sin embargo, hay algo que no acabo de comprender. Durante años, Tucson fue un hombre honrado, quizá exageradamente honrado. De pronto, cambió y se metió en asuntos nada limpios. ¿Por qué, Trent?

El joven se echó a reír y dio unas palmadas en el hombro de su amigo.

—Pete, el policía eres tú, y, además, estás encargado del caso —exclamó jovialmente—. Ojalá lo resuelvas pronto. La chica se lo merece.

Broxnum le miró, malicioso.

—Es guapa, ¿verdad?

—Preciosa, verdaderamente preciosa —se despidió Trent.

CAPÍTULO III

Cuando llegaba a su apartamento y se disponía a abrir, oyó ruidos extraños y voces apagadas en el piso frontero.

De pronto, vio que se abría la puerta con violencia.

Dos hombres salieron al pasillo, llevando a rastras a una mujer, que parecía desvanecida. Trent respingó al conocer a Jenny.

Los individuos se quedaron parados un instante, desconcertados por la presencia de un testigo inoportuno. Uno de ellos, sin embargo, reaccionó con rapidez.

—Dale, Kid, que no nos estorbe. Yo me cuido de la fulana.

Kid saltó hacia adelante, con las manos extendidas hacia el joven. Era un tipo alto, membrudo, de gran fuerza física. Pero, de repente, se encontró volando por los aires, sin saber qué le había pasado.

Cuando quiso darse cuenta, ya se estrellaba contra la pared. Cayó al suelo y se quedó inmóvil, perdido el conocimiento.

El otro soltó a Jenny, que se desplomó en el suelo, y se metió mano en la chaqueta. Cuando estaba sacando la pistola, dos manos se apoderaron de su antebrazo.

Trent hizo una seca torsión. Los huesos chasquearon siniestramente.

El hampón lanzó un alarido y cayó de rodillas. Trent levantó la suya y le golpeó en plena boca, dejándolo sin sentido instantáneamente.

Inclinándose, recogió el arma y la lanzó al interior del apartamento.

Luego, pasando por encima del cuerpo del matón, levantó en brazos a la muchacha y la condujo hasta el dormitorio, que había sido ordenado en parte.

Regresó a la puerta y la cerró con llave. Después volvió al dormitorio.

Jenny murmuraba palabras incoherentes. Trent percibió cierto olor dulzón en el ambiente.

—Cloroformo —murmuró.

Las huellas del registro habían desaparecido en su casi totalidad. Fue a la cocina, hizo café y diez minutos más tarde apareció en la alcoba con una taza en las manos.

Jenny le miró torpemente.

—Beba —dijo Trent con acento persuasivo.

La muchacha empezaba a recuperarse.

—Creo que... querían secuestrarme...

—Sí —confirmó él.

—Llamaron a la puerta, abrí... entraron dos desconocidos y uno dijo que tenía que acompañarles...

—¿Adónde?

—No lo mencionaron. Yo quise resistirme y entonces uno de ellos me aplicó a la nariz un trapo mojado. El otro me sujetó. Perdí el conocimiento... ¡Están ahí todavía! —dijo ella, alarmada.

—Ya no —sonrió Trent. Mientras hervía el agua del café, se había asomado al corredor y comprobado la ausencia de los hampones—. Se han marchado.

—No lo entiendo.

—Charlamos un poco y les persuadí para que la dejaran en paz. Me costó, pero acabé saliéndome con la mía —dijo el joven alegremente.

Jenny, sin embargo, parecía un poco deprimida.

—Creo que la muerte de mi padre no me va a traer más que disgustos —se lamentó.

—Es cuestión de tomárselo un poco con filosofía —aconsejó Trent—. De todos modos, me imagino, estará poco tiempo aquí. En cuanto se marche, se habrán acabado sus preocupaciones.

—Pienso quedarme —respondió ella firmemente, a la vez que se apoyaba en un codo—. Quiero encontrar al asesino de mi padre, ¿comprende?

Trent levantó las cejas.

—¿No lo ha conseguido la policía, y espera conseguirlo usted?

—Aunque tarde cien años —declaró Jenny—. Es más, mañana mismo encargaré una nueva placa para la puerta del apartamento.

—¿Qué? —Respingó el joven.

—Como lo oye. Habrá una placa nueva:

JENNY TUCSON, DETECTIVE PRIVADO

Trent empezó a sentirse aprensivo.

—Creo que ya se siente bien —dijo—. Con su permiso, señorita Tucson.

Se encaminó hacia la puerta.

—Cierre con doble vuelta de llave —recomendó.

Con ropa de entrenamiento y una toalla en torno al cuello, cruzó la calle y se detuvo frente al quiosco de periódicos. Llegaba por el lado sur y al asomarse, vio a Jenny hablando con el vendedor.

«Madruga mucho», pensó.

—Sí, lo vi, señorita —contestó Randy—. Fue algo horrible.

—Me lo imagino —dijo la muchacha—. ¿Vio al asesino?

Randy se removió, inquieto.

—Señorita...

—Vamos, yo no soy un policía, sólo la hija de un hombre asesinado. Dígame lo que vio, Randy.

Jenny acompañó la petición de un billete de diez dólares, Randy remoloneó un poco, pero acabó por ceder.

—Está bien, lo vi... pero no quise decir nada a la policía. No quiero líos, compréndalo, señorita...

—Seré discreta —prometió ella.

—Sé que se llama Rebbey Jordán, es todo lo que puedo decirle.

—Gracias. Ya tengo algo para empezar —sonrió Jenny.

Trent se hizo visible en aquel momento.

—Randy, buenos días... Oh —fingió sorpresa—. Señorita Tucson...

Jenny le miró, sorprendida.

—¿De dónde sale usted?

—Hay un parque al otro lado de la avenida. Todos los días hago un rato de ejercicio —sonrió Trent—. Es muy sano, créame.

—Sí, he podido darme cuenta de ello. Adiós, señor Trent.

—Adiós, señorita —el joven cogió un periódico y agitó la mano—. Se lo pagaré luego, Randy; ahora no llevo dinero encima.

—No tenga prisa, señor Trent. Es guapa la hija de Tucson, ¿eh?

Trent sintió un súbito interés al oír aquel comentario.

—¿Lo conocía usted, Randy?

—Oh, claro que sí. Llevaba años en el barrio. Todos los días me compraba el periódico y charlábamos un rato. Cosas sin importancia, claro; él nunca decía nada de sus asuntos, como puede comprender.

—Sí, me lo imagino, Randy. ¿Por qué le asesinaron?

El vendedor hizo una mueca.

—Debió de meterse donde no le llamaban —contestó, evasivo.

Tal vez Randy sabía más de lo que aparentaba, pero prefería guardar ciertas comprensibles precauciones. Evitó insistir sobre el tema y se despidió con una sonrisa del hombre.

Momentos después, subía a su apartamento. Inmediatamente, levantó el teléfono y pidió comunicación con el sargento Broxnum.

—Hola, Fabián —dijo el policía instantes después.

—Peter, tengo noticias para ti. Sé quién liquidó a Tucson.

—Vaya, eso parece un milagro —rió Broxnum—. ¿Quién fue, Fabián?

—Rebbey Jordán. ¿Lo conoces?

—Fabián, no sé quién te ha dado la información, pero Jordán no pudo ser. Tiene una coartada inatacable.

Trent se quedó desconcertado.

—Yo creía...

—Lo siento. De todas formas, gracias. ¿Algo más, muchacho?

—Ah, sí. Desengaña a Jenny Tucson. Ella lo sabe también.

—¿Cómo diablos...? —se desconcertó el policía.

—Interrógala, Peter. El resto es cosa tuya.

Trent colgó el teléfono y corrió a la ducha. Más tarde, desayunó abundantemente y se preguntó qué haría el resto de la mañana. De pronto, sonó el teléfono.

—Trent —dijo.

Una voz de mujer llegó en el acto a sus oídos.

—Fabián, soy Linda. Quiero hablar contigo.

—Bueno, empieza...

—Por teléfono no. A las tres de la tarde, ochocientos veintiséis de Pemble Road, apartamento 3 B. ¿Entendido?

—Sí. ¿Es algo grave, Linda?

—A la tarde, Fabián, a la tarde —insistió ella.

—Muy bien, de acuerdo... Oye, espera un momento, Linda, preciosa. ¿Te suena el nombre de Rebbey Jordán?

—Sí. Es un mal bicho. No le mires siquiera a la cara. Muerde como un perro rabioso sólo porque alguien no le guste.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Pregunta en el edificio de Trevor Hall. Una vez oí el nombre de esa fiera y el de Trevor Hall, es todo lo que sé.

—Gracias, encanto. A las tres, te daré las gracias personalmente.

Trent se quedó pensativo. ¿Qué diablos podía querer decirle Linda? ¿Tan grave era que no se atrevía a usar el teléfono?

Luego desvió su atención. ¿Debía visitar a Jordán?

Randy, el vendedor de periódicos, le sacó de dudas unos minutos más tarde. Aunque sólo hacía tres días que residía en aquel barrio, se había hecho amigo de Randy, individuo sociable por naturaleza.

—He oído sin querer lo que hablaba con la señorita Jenny —dijo poco más tarde—. ¿Es cierto que fue Jordán el que se cargó a su padre?

Randy se sobresaltó. Primero miró a todos los lados y luego bajó la voz:

—Tan seguro como que le tengo a usted delante —contestó—. No estoy seguro de que usted se llame Trent, pero sí de que estoy hablando con un hombre que dice llamarse Trent.

El joven ocultó una sonrisa. Era una rotunda afirmación, que no podía ponerse en duda.

—Me llamo así desde que nací —dijo—. Pero eso significa que usted conocía a Jordán.

—Tuvimos asuntos comunes hace años. Un día se enfadó conmigo, me pegó un tiro en la pierna y me dejó plantado. No he podido caminar bien desde entonces. ¿Por qué se cree que vendo periódicos, señor Trent?

—Si eso es cierto, Jordán también tuvo que reconocerle a usted.

—No. Hace ya más de diez años y ahora uso gafas, estoy medio calvo y llevo bigote. Me compró un periódico y ni siquiera me miró a la cara. Hace sólo cuatro años que tengo el quiosco. Antes, cuando me encontraba, siempre tenía una frase burlona para mí. Lo hubiera repetido, ¿comprende?

—Randy, usted no dijo nada a la policía.

El hombre hizo una mueca.

—Tucson andaba en asuntos sucios. ¿Qué podía esperar, sino unos cuantos balazos? Créame, al morir, hizo un buen favor a la

policía.

Trent deslizó en la mano del sujeto un billete de dólar y empezó a caminar a lo largo de la acera. Ahora, más que nunca, sentía una viva curiosidad por hablar con Jordán y saber por qué había muerto el padre de Jenny.

«La verdad, no sé por qué meto mis narices en estos jaleos, corriendo el riesgo de que me aplasten a tiros», pensó.

Quizá lo hacía por una chica de bonito pelo negro y rostro encantador, se respondió a sí mismo.

Cuando llegó a la puerta del apartamento que ocupaba Jordán, oyó voces destempladas al otro lado. Aguzó el oído y no tardó en distinguir la voz de Jenny.

—¿Cómo diablos lo habrá averiguado? —murmuró.

La puerta no estaba cenada con llave. Trent empujó ligeramente y los sonidos llegaron distintamente a sus oídos.

—Estás loca, muchacha —dijo Jordán—. Yo no maté a tu padre. Tengo una coartada irreprochable.

—¿Cuánto le costó esa coartada?

Jordán se echó a reír.

—Tú no eres policía ni nada que se le parezca, de modo que no estoy dispuesto a contestar a todas tus preguntas. Lo mejor será que te largues, si no quieres que destroce esa cara tan bonita.

—¿De veras? Vamos, atrévase a pegarme, cerdo repugnante.

Jordán avanzó un paso, pero, de pronto, se quedó helado al ver aparecer una pequeña pistola en la mano de Jenny.

—Eh, chica, guarda ese juguete —exclamó, alarmado—. Tú no sabes manejar las armas y si juegas con eso se te podría disparar.

Lentamente, Jenny elevó la mano y apuntó a la frente del sujeto.

—Tiene exactamente cinco segundos para decirme quién le pagó por asesinar a mi padre —dijo fríamente—. Empiezo a contar... ¡Uno!

—Oiga, no...

—¡Dos! —contó ella, impasible.

—Pero, maldita sea...

—¡Tres!

Trent se dio cuenta de que la pálida cara de Jordán estaba brillante, como si alguien se la hubiese untado con mantequilla.

Hasta él llegó un olor ácido, desagradable. «El olor del miedo»,

pensó, y el brillo del rostro del asesino era sudor.

Jordán estaba completamente aterrado.

—¡Cuatro! —dijo Jenny.

—¡No! —aulló Jordán—. ¡Se lo diré...! Fue...

De repente, se oyó algo parecido a un cañonazo.

Jordán dio un tremendo salto. Trent pudo ver el enorme orificio que la bala que había entrado por su espalda dejaba al salir en el pecho, del que brotó un gran chorro de sangre.

Jordán puso los pies nuevamente en el suelo, giró sobre sí mismo y se desplomó de bruces.

CAPÍTULO IV

Trent irrumpió en la sala y agarró a Jenny por la cintura, arrastrándola hacia fuera.

La chica reaccionó y gritó.

—¡Silencio! —ordenó él—. Soy Trent, no tema.

El joven tiró a viva fuerza de Jenny, sacándola al pasillo.

Durante una fracción de segundo, Trent había podido ver una silueta en la ventana del fondo, que daba a una terraza, desde la cual había disparado el asesino. Pero situado éste a contraluz y, además, pillado por sorpresa, no había podido distinguir sus facciones.

Trent agarró la pistolita de Jenny y se la echó al bolsillo.

—Componga el gesto. Actúe con naturalidad —dijo.

Una puerta se abrió en el corredor y una mujer salió al pasillo.

—He oído un ruido muy fuerte —exclamó—. Me pareció un disparo...

—A nosotros también, señora —contestó Trent—. Pero yo diría mejor que fue una silla que se cayó de golpe al suelo.

—Ah... Perdonen...

La mujer se retiró. Trent empujó a Jenny a la escalera.

—Tranquila —aconsejó—. Salga sonriendo. Agárrese a mi brazo, como si nos conociéramos desde hace tiempo.

—E... la... las piernas me ti... tiemblan...

—A mí también. Es la primera vez que veo asesinar a una persona.

—¿Cree que... que está muerto?

—Le dispararon con un «45». Es un proyectil capaz de abatir a un buey. Lo raro es que no nos haya alcanzado a ninguno de los dos, porque le atravesó el cuerpo de parte a parte.

—Dios mío, ese hombre...

—Estamos llegando al vestíbulo. Compórtese normalmente.

Ella inspiró con fuerza. El conserje los miró distraídamente. Salieron a la calle.

—Tengo ahí mi coche —indicó Jenny.

—Yo tomé un taxi.

—¿Quiere conducir, señor Trent? No me encuentro con ánimos...

El joven accedió. Al cabo de unos momentos, Jenny volvió a hablar. Parecía sorprendida.

—Oiga, ¿cómo llegó tan oportunamente? —exclamó.

—Alguien me dijo dónde vivía Jordán. Se lo oí esta mañana, cuando usted salía de la casa, pero a mí también me extraña que usted encontrase tan rápidamente su domicilio.

—Me lo indicó el sargento Broxnum, cuando estuve a verle. Insistió en que Jordán era inocente y que, si no me fiaba de la Policía, que le visitase personalmente. Entonces, me dio su dirección.

—Y estuvo a punto de sacarle el nombre de la persona que le pagó por matar a su padre.

—Por un segundo solamente —se dolió ella.

—¿Insiste en seguir adelante con el caso?

Jenny se revolvió en el asiento.

—Era mi padre —contestó.

—Bueno, creí que el afecto filial se había disipado, después de quince años de separación.

—Es que... —Ella remoloneó un poco—. También mi madre tuvo su parte de culpa. Y... bien, si yo acabé la carrera, fue gracias al dinero que me envió.

—Un encomiable sentimiento de gratitud —dijo él—. Pero voy a darle un consejo aunque no me lo permita.

—Oírle no me costará mucho —respondió Jenny.

—Abandone el caso. Era su padre, pero estaba metido hasta el cuello en asuntos nada honestos. Y ello suele conducir casi siempre a un final desastroso.

—Diríase que tiene mucha experiencia sobre el particular, señor Trent.

El joven dudó un momento. Luego dijo:

—He estado a punto de tenerla, aunque he sabido apartarme a tiempo, creo. Pero yo ya le he dado el consejo; seguirlo o no, es

cosa suya.

—Seguiré hasta el fin —dijo Jenny resueltamente.

—Ya ha tomado una decisión. Espero que sepa afrontar las consecuencias sin quejarse.

—No me quejaré.

Ya no hablaron más, hasta llegar a la casa. Trent se despidió de la muchacha.

—Tengo que visitar a una persona —dijo.

—Gracias por todo, señor Trent —sonrió Jenny.

El joven volvió a la calle.

Aún tenía tiempo de sobra para llegar al lugar de la cita con Linda.

Conocía un restaurante donde servían un asado digno de un rey y, haciéndosele la boca agua por adelantado, encaminó hacia allí sus pasos.

Charlington apuntó con el cigarro al hombre que tenía ante sí, a la vez que le dirigía una penetrante mirada.

—En medio de todo, no era mal chico —dijo—, pero no acabo de fiarme por completo, Hyle.

—Sí, señor —contestó impasible el hombre de los ojos hundidos.

—Nos dio una sorpresa —confesó Charlington—. ¿De dónde diablos habrá sacado tanta fuerza ese chupatintas?

Hyle se puso colorado, porque recordaba la vergonzosa derrota sufrida a manos de Trent.

—Lo tenía bien callado —admitió de mala gana—. Por eso no debería fiarse tanto de él.

—Sí, sí, lo sé. Y además da la maldita casualidad de que alquila un apartamento y tiene que estar justamente frente al de Tucson. Hyle, es preciso que alguien siga a Trent, que se convierta en su sombra y no lo deje un instante. Quiero información del menor de sus pasos. ¿Me comprendes?

—Sí, señor. Bien, si le parece, podríamos encargárselo a Tommy Sutton, *el Lapa*. Cuando se pega a alguien, no lo suelta hasta que se lo ordenan.

—Muy bien. Encárgaselo y dile que me tenga informado constantemente.

Alguien llamó a la puerta. Hyle retrocedió, abrió, habló brevemente con un individuo y luego regresó junto a la mesa.

—Jordán está listo —anunció.

—Una preocupación menos —dijo Charlington.

Hyle sonrió.

—Le dije que Colson no fallaría. Era el más indicado para solucionar este problema.

La puerta se abrió de nuevo. Linda asomó por el hueco.

—Hey —dijo—. Voy a la peluquería. Volveré a la hora de la cena.

—Ponte guapa —sonrió Charlington.

Linda le tiró un beso con la punta de los dedos. Cerró y los dos hombres volvieron a quedarse solos.

—¿De qué hablábamos...? Ah, sí, de Trent. Procura que empiecen a vigilarlo cuanto antes, Hyle.

—Sí, señor. Otra cosa, ¿qué hacemos con la hija de Tucson?

—He cambiado de parecer. Los chicos no encontraron nada en el apartamento, y he podido saber que su padre la abandonó hace quince años. Si ella está aquí, es porque el viejo le dejó alguna «pasta» en la herencia. Se irá pronto de la ciudad y no tardaremos en olvidarnos de ella. Trent, no lo olvides, ahí puede estar el peligro.

—Podríamos deshacernos de él.

—Primero quiero saber si es sincero, es decir, si se olvidó de nosotros por completo. Si no es así, ya lo liquidaremos, descuida.

—Muy bien, ahora mismo voy a ponerme en contacto con *el Lapa*.

Charlington abandonó el sillón y se acercó a la ventana.

Linda embarcaba ahora en el coche rojo que le había regalado hacía poco. La rubia se sentó, con un fascinante despliegue de sus bien formadas extremidades inferiores, y cerró la puerta. Luego miró hacia la ventana, sonrió y volvió a lanzarle un beso. Charlington le contestó con un leve ademán de su mano.

Era una mujer estupenda, se dijo, mientras aprisionaba el cigarro con los dientes.

Trent llegó a la puerta de la dirección indicada y esperó unos instantes. Al fin, la puerta se abrió y Linda le dirigió una cálida sonrisa.

—Entra —invitó.

La joven vestía un traje color rojo fuego, sin hombreras y abierto

por el costado izquierdo. Trent se dijo que Linda se había vestido así para impresionarle más todavía.

—No esperaba verte aquí, en un lugar tan apartado.

—Aunque te parezca mentira, la casa es mía —respondió Linda—. La compré hace tiempo con mis ganancias —llenó un vaso, se lo ofreció y continuó hablando—. No soy una ilusa; un día u otro, Charlington se cansará de mí y me dará un puntapié en salva sea la parte. Necesitaré una casa para vivir, y si los asuntos me van mal, lo tomaré como una inversión. Los precios en esta zona suben cada día. ¿Comprendes?

—¿Por qué no te dedicaste a agente de fincas? —sonrió él. Levantó su vaso—. Salud, guapa —añadió.

Linda levantó también su vaso, luego le indicó un enorme sofá.

—Ven a sentarte —invitó—. Tenemos que hablar.

—Por eso estoy aquí. Empieza cuando gustes.

—En primer lugar, debes saber que Charlington desconfía de ti.

—Me lo imagino. ¿Qué más?

—Charlington tuvo algo que ver con la muerte de Tucson. No me preguntes qué; sólo he oído veladas insinuaciones, medias palabras... Parece ser que Tucson averiguó algo comprometedor de Charlington.

—Una cosa es averiguarlo y otra poder probarlo —dijo él.

—Creo que Tucson estaba en condiciones de poder probarlo. Por eso murió.

—Asesinado por Jordán. ¿Lo pagó Charlington?

Linda permaneció silenciosa un instante. Luego dijo:

—Creo que sí. A Jordán también le han cerrado la boca.

Trent no dijo que lo sabía.

—Así suelen acabar muchos asesinos profesionales, muertos por los que los han contratado —dijo—. ¿Sabes quién se lo cargó?

—He oído un nombre: Colson. Pero es todo lo que puedo decirte.

—Le conozco —Trent emitió un gruñido—. He trabajado un año para Charlington y he conocido a más rufianes y maleantes que los que tienen fichados en la Jefatura desde que se inventaron los registros policiales. ¿Eso es todo, Linda?

—Charlington sabe que evitaste el secuestro de la hija de Tucson —contestó ella.

—Fue casualidad —dijo el joven—. Alquilé un apartamento para borrar un poco mi rastro y, mira por dónde, está justo frente al de Tucson. Mala suerte, ¿verdad?

—Según se mire. He oído decir que la hija es una verdadera preciosidad.

—Bah, no creas —Trent estudió el escote de la rubia—. No vale la décima parte que tú —agregó.

Linda sonrió, halagada.

—¿De veras?

—Me gustaría poder demostrártelo.

—¿Cómo?

Trent la abrazó. Linda se echó hacia atrás.

—Eres muy fogoso —sonrió.

—Es una virtud que no desagrada a las mujeres, me parece. ¿Te desagrada a ti?

Linda seguía mirándole. De pronto, le quitó los lentes y los dejó a un lado.

—Creo que te estorban —dijo.

Volvió a mirarle.

—Tienes unos ojos preciosos. Lástima que uses gafas —añadió.

—No me gustan los lentes de contacto —respondió él—. Pero no estábamos hablando de mi vista. Hablábamos de...

Pasó las manos atrás, tanteó y bajó la cremallera del vestido. La parte delantera quedó suelta, aunque cubriendo todavía los senos, rotundos, opulentos.

—Hay una alcoba preciosa, Fabián —suspiró ella. De pronto, se echó a reír—. Y te diré una cosa: vas a tener el honor de estrenarla.

—La alcoba importa menos que su dueña —contestó Trent ardientemente.

Una larga hora más tarde, Linda se levantó y, todavía desnuda, miró al joven.

—Tengo que marcharme —declaró—. Le dije a Stacey que iba a la peluquería. Debo justificarlo, no sea que se le ocurra preguntar y se arme una gorda. Es muy celoso, ¿sabes?

—Con razón —sonrió Trent, mientras encendía un cigarrillo.

Linda salió del baño minutos más tarde y empezó a vestirse. Cuando ya se ponía los zapatos, exclamó:

—Oh, qué tonta soy. Había olvidado algo muy importante...

Fabián, no te confíes; Charlington ha ordenado que te vigilen día y noche. Tommy Sutton *el Lapa* se va a encargar de convertirse en tu sombra.

—¿Estás segura?

Linda terminó de calzarse, agarró su bolso y se agachó para besarle.

—Segurísima —contestó—. Cuando quieras marcharte, cierras y luego dejas la llave detrás del rosal que hay a mano izquierda de la casa según se viene. No te preocupes por mí; yo tengo otra de repuesto por si ésta se pierde. Adiós, encanto. Ya volveré a llamarte otro día.

Linda se marchó, convertida en un torbellino.

Trent se levantó tranquilamente y fue al baño, estaba un tanto preocupado por la última noticia que acababa de recibir.

Conocía de vista al llamado Lapa, aunque él nunca le había tratado personalmente.

No le gustaba en absoluto el hecho de tener a aquel tipo pegado a sus talones las veinticuatro horas del día.

CAPÍTULO V

Llegó a su casa, se puso cómodo, con un kimono y zapatillas, y se preparó un gran bocadillo, al que agregó una lata de cerveza. Cuando se disponía a consumir el refrigerio, llamaron a la puerta.

Era Jenny, y tenía en la mano una taza.

—La vecinita de enfrente se ha quedado sin azúcar y pide que le presten un poco —sonrió la muchacha.

Trent se echó a un lado.

—También puedo darle de cenar, si le apetece —manifestó.

—¡Estupendo! Estoy muerta de hambre, mi frigorífico está desoladoramente vacío y no me seduce la idea de salir de noche a un restaurante.

—Venga conmigo —dijo él—. Abriré la puerta de mi cámara del tesoro para que se sirva a su gusto.

—Gracias. Me ha salvado de la muelle por inanición, se lo juro.

Trent contempló calculadoramente a la muchacha.

—¿No guarda dieta? —preguntó, cuando ya llegaban a la cocina.

—¿Quién, yo? ¿A mis veinticuatro años? Tiene usted suerte de no haber naufragado conmigo y estar los dos solos en una balsa; me lo comería a los dos días.

—Puede empezar ahora —invitó él.

—No se haga el conquistador. Yo hablo de comer auténticamente, no en la obscena forma en que está pensando, sátiro demente.

Pero el joven no sonreía. Jenny, calculó, hablaba de aquella forma porque se sentía nerviosa. Sin embargo, no quiso excitar más sus ánimos. Debía calmarla en lo posible.

—Mis intenciones eran honestas —se disculpó.

—Yo también hablaba en broma. Señor Trent, se lo digo francamente; me siento muy deprimida.

—Lógico, me parece.

Ella sacó un plato y lo puso sobre la mesa.

—Cuando me leyeron el testamento de papá, pensé que tendría una gran agencia de detectives: veinte o treinta empleados, un director general, secretarias, grandes oficinas, archivadores... en fin, un negocio muy saneado.

—Y no era así.

—Papá era «toda» la agencia. Quizá hacía anotaciones, pero no he encontrado ninguna. Sin embargo, sé que tenía una memoria magnífica. Recordaba gran número de cosas... Y presumo que, si sabía algo, se llevó el secreto a la tumba.

Trent asintió.

—Es muy posible —convino—. Vamos, aliméntese; no se deje vencer por las dificultades.

Un momento de silencio, mientras Jenny se preparaba su bocadillo.

De pronto, aspiró aire con fuerza.

—Huele usted muy bien —observó.

—Sí.

—¿Tiene novia?

—No.

Jenny se le aproximó y puso la nariz cerca de su cuello.

—¿Es guapa?

—¿Le importa mucho?

—Curiosidad de mujer. Han estado muy juntos, creo.

—Lo admito.

Jenny anegó un mordisco al bocadillo. Al cabo de unos momentos dijo:

—Usted, divirtiéndose por ahí, y mientras yo, haciendo pesquisas sin parar. Tengo los pies hirviendo.

—Se lo ha tomado muy en serio, Jenny.

—Y tanto. Como que he averiguado el nombre de las dos personas que probaron la coartada de Jordán. Una de ellas se llama Dhalia Leonard, y trabaja, es un decir, en el *Orient Sex-Show*. ¿Ha oído hablar de ese local?

—Sólo he oído; no han tenido el honor de contarme como cliente. ¿Quién es la otra persona?

—Se llama Durrin Shamm. Sé dónde viven los dos.

—No cabe duda, se ha movido. Parece como si le viniera de herencia el arte de investigar.

—No es tan difícil. Basta hacer algunas deducciones, unas cuantas preguntas aquí y allá, repartir algunos billetes... Papá dejó casi noventa mil dólares en la cuenta. Y soy capaz de gastármelos para conseguir que el culpable de su muerte vaya a la cárcel.

—Eso se llama venganza —calificó Trent—. Yo en su lugar enviaría el dinero a mamá; lo necesitará más que usted.

—Mamá falleció el año pasado.

—Lo siento, Jenny.

—Gracias —de pronto, ella le miró fijamente—. Oiga, ¿quiere trabajar para mí? Le pagaré mil mensuales, más gastos. Usted es inteligente y sabe luchar. ¿Qué me contesta?

Trent dudó un momento.

—No —contestó—. Gracias por la oferta, pero por ahora, prefiero dedicarme a la buena vida.

—El ocio y la holganza, ¿eh? ¿No sabe que es pecado?

—Jenny, no me venga ahora con sermones morales. Yo hago mi vida y usted la suya.

—Está bien, no quise ofenderle —Jenny dejó el plato a un lado—. Gracias por el bocadillo.

—Se olvida del azúcar —le recordó él.

—Déselo a las hormigas. Les gusta mucho.

Trent se preparó el café y tomó una taza entre pensativo y divertido. Luego se acordó de lo que había hablado con Linda y empezó a preguntarse si sería conveniente hablar con Colson, el hombre que había cerrado para siempre la boca de Jordán.

¿Por qué no?

Hasta unos días antes, no había sabido que Charlington era un «gangster» de la peor especie. Ahora tenía la prueba.

Y por si fuese poco, si ya no lo estaba, pronto estaría en las listas negras de Charlington.

Por tanto, decidió anticiparse.

—Quien da primero, da dos veces —finalizó así sus reflexiones.

No se dio prisa en salir de casa al día siguiente.

Estaba seguro de que Colson no era un tipo madrugador. Pasadas las diez y media de la mañana, terminó de vestirse y abandonó el apartamento.

Frente a su puerta había una placa reluciente, ahora con el nombre de Jenny. Sonrió mientras se encaminaba hacia el ascensor.

Medio minuto más tarde, se percató de que alguien le seguía.

—El Lapa —murmuró.

Sutton tenía merecido el apodo. Jamás abandonaba una persecución. Se pegaba a la persona marcada y no la dejaba hasta que le daban la orden de cesar en su vigilancia. Trent torció el gesto, porque no tenía la menor intención de que el tipo supiese que iba a hablar con Colson.

Intentó despistarle en varias ocasiones. Todo en vano. Sutton no cedía un palmo de terreno. Trent llegó a pensar que era muy posible que el tipo quisiera hacerle saber que no pensaba abandonarle un solo instante.

Después de media hora de maniobras infructuosas, Trent creyó haber dado con la solución.

—Ahora verás —se dijo para sí.

Cinco minutos más tarde, entraba en unos grandes almacenes y, dirigiéndose a la sección de deportes, hizo algunas compras. Desde un lugar discreto, Sutton continuaba su observación.

Al terminar las compras, Trent fue a uno de los probadores. Mientras se cambiaba de ropa, observó movimientos en el contiguo. Sonrió mientras se equipaba sin prisas.

Al cabo de unos momentos, estuvo listo. Entonces, en voz alta, dijo:

—Lapa, prepárate, voy a salir.

Trent abrió la puerta, pegó los codos a los costados y comenzó a caminar a paso gimnástico, pasando por delante de Sutton, que tenía la boca abierta.

El joven corrió como si tomase parte en una carrera de fondo. Se había puesto camiseta sin mangas, pantalones cortos, calcetines y zapatillas de deporte. Incluso tenía adherido un gran número a la espalda de la camiseta: el 1.

Respirando rítmicamente, acometió las escaleras. Sutton reaccionó y echó a correr tras él.

—Maldita sea —dijo—. No pensará salir así a la calle.

—¿Por qué no? —contestó el joven—. Hoy día, una prueba atlética no llama la atención. Vamos, Lapa, acompáñame o alguien te hará tiras el pellejo.

Momentos después, salían a la calle. Sutton podía ser un eficiente perseguidor y hasta resistente físicamente, cuando se trataba de caminar a paso normal, pero Trent estaba seguro de que no iba a poder resistir mucho el tren que le había impuesto.

Sutton se comportó valerosamente durante un par de kilómetros, pero al fin empezó a flaquear. Una vez consiguió situarse a la altura del joven, trató de convencerle de que redujese el ritmo de marcha.

—No puedo más... Los pulmones me van a estallar...

—Respira por la nariz —aconsejó el joven—. Y no hables, es malo.

Siguió moviéndose rítmicamente. Sutton se mantuvo quinientos metros más y, al fin, empezó a perder terreno inexorablemente.

Trent continuó la marcha, sin aparente esfuerzo. Diez minutos más tarde, volvió la cabeza y sonrió.

Sutton había desaparecido de su vista. Las ropas que había dejado le serían enviadas más tarde a su casa. Sujeta al elástico de su pantalón de deporte, tenía la billetera. Un cuarto de hora más tarde, divisó un *drugstore*, *entró, se compró una camisa y unos téjanos, junto con unas gafas de color, y llamó a un taxi. Veinte minutos después, se hallaba ante la puerta del apartamento en que vivía Colson.*

El aspecto de Colson no predisponía ciertamente a la simpatía hacia él. Medía poco más de metro y medio, era chupado de cara y tenía un ojo velado por una nube. Cuando abrió la puerta, Trent pudo darse cuenta de que, bajo la chaqueta, ocultaba una enorme pistola.

—Ah, es usted, señor Trent —dijo el sujeto—. Pase, pase...

Trent cruzó el umbral. Arrugó la nariz; el apartamento adolecía de falta de ventilación. Olía a sudor, comida pasada y perfume barato.

—¿Quiere un trago? —invitó el sujeto.

—Quiero que me digas quién te ordenó asesinar a Jordán.

Colson tenía la botella inclinada sobre el vaso y los dos vidrios tintinearon bruscamente.

—¡Cuidado, vas a romper el vaso! —advirtió el joven.

—No sé nada de lo que me ha dicho —contestó Colson roncamente.

—Jeb, sería mucho mejor si nos dejásemos de rodeos. Puedo cerrar los ojos; tú no interesas demasiado, ya me entiendes. Pero si

no hablas...

Colson dejó la botella y el vaso sobre una mesa. Luego, inesperadamente, sacó la pistola, que, apreció Trent, llevaba en la pretina de los pantalones.

Trent actuó con no menos rapidez. Su mano izquierda golpeó velozmente la mano armada y la pistola voló por los aires. Luego adelantó dos dedos de la mano derecha y tocó los ojos de Colson, quien, inmediatamente, lanzó un feroz aullido y retrocedió, tambaleándose, cegado por el inesperado contraataque. Acto seguido, Trent saltó hacia el sujeto, agarró su brazo derecho y se lo retorció a la espalda.

—Jeb, no me obligues a dejarte inválido —murmuró—. ¿Quién te lo ordenó?

—Hyle... Me dijo que... que Jordán era un charlatán.

—Y tú te lo creíste.

—Es que, además, siempre lo fue. Era un bocazas. Por su culpa, fui a parar a la cárcel hace cinco años. Estuve dos...

—Ahora estarás mucho más —dijo Trent.

Soltó al sujeto, que se volvió, Trent le golpeó secamente en el mentón.

Colson se desplomó sin sentido. Trent buscó el teléfono y llamó a su amigo el policía.

Sin embargo, disfrazó la voz. Dijo que se dieran prisa, que podrían encontrar la pistola que había servido para matar a Jordán, y luego se dirigió presurosamente hacia la calle.

Un poco más adelante, se cambió los lentes nuevamente y se puso los de cristales graduados. Respiró aliviado, porque ahora podía ver con toda claridad. Su miopía no era demasiado acentuada, pero en ocasiones resultaba un verdadero inconveniente.

Cuando llegaba a la siguiente manzana, oyó el alarido de una sirena policial que se acercaba a gran velocidad.

El puño de Charlington cayó violentamente sobre la mesa.

—Pero ¿qué clase de gente tengo yo empleada? —bramó—. Colson ha sido arrestado, acusado del asesinato de Jordán. Sutton perdió el rastro de Trent...

—Ese Trent es más inteligente de lo que suponíamos —dijo Hyle—. Se dio cuenta de que era seguido y decidió despistar al Lapa. A cualquiera le habría pasado lo mismo, jefe.

—Le tuvo corriendo casi cuatro kilómetros y no se cansó, y Sutton estuvo a punto de reventar. ¿Por qué no dijo nunca que era un atleta? —exclamó Charlington preocupadamente.

—No creo que eso tenga demasiada importancia.

—Sí la tiene, porque demuestra que ha sabido ocultar muy bien sus auténticas cualidades —de pronto, Charlington se estremeció—. ¿Y si fuese un agente del gobierno? Ha tenido acceso a todos mis libros.

—Aunque los hubiese fotografiado, no servirían como prueba, ya que lo hizo ilegalmente. Tendría que haber tomado las fotografías con un permiso del juez.

—Sí, pero ha visto mis libros tan bien como yo, y tarde o temprano podría testificar en mi contra.

—Repito que no debe preocuparse, quiero decir, en ese sentido. Ahora bien, parece que le ha dado por meter la nariz en otros asuntos. Tendríamos que hacerle la cura de la pimienta.

—¿Qué?

—Sí, el pero que se aficionó a vaciar los huevos de las gallinas y el granjero puso pimienta en una cascara previamente vaciada. Ya no lo hizo más.

—Explícate mejor, Hyle —pidió Charlington, no demasiado convencido.

—Dag Hanem y *Toro Bymes*. Podrían darle una buena sesión de «masaje». Son especialistas.

Charlington hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo, encárgaselo.

Hyle asintió y levantó el teléfono. Linda entró en aquel momento.

—Oh, están ocupados —exclamó—. Dispensa, cariño; volveré en otro momento.

—Déjanos solos, preciosa —indicó Charlington, cuyo humor no había mejorado en absoluto con la solución que acababa de darle su esbirro.

Hyle habló durante algunos momentos. Después de colgar el teléfono, se volvió hacia el otro.

—Asunto arreglado, jefe —informó.

Charlington levantó una mano.

—Conviene que no nos olvidemos tampoco de la chica. Ha

decidido meter la nariz en los asuntos de su padre y no me gustaría tener que... bueno, ya me entiendes, Hyle.

—Descuide, no hará nada que pueda perjudicarnos —aseguró Hyle rotundamente.

CAPÍTULO VI

La pareja que actuaba en el escenario lo hacía de forma rutinaria, sin convicción. Trent, situado en lugar discreto, observaba las reacciones de Jenny más que lo que hacían el hombre y la mujer desnudos, encima de una cama.

Al terminar el número, los «actores» se inclinaron y agradecieron los breves aplausos que les dedicó el público. Jenny se levantó y caminó en busca de los camerinos.

Trent la siguió sin ser visto. Jenny llegó ante una puerta señalada con el nombre de Dahlia Leonard, tocó con los nudillos y, cuando le dieron permiso, entró.

Un minuto más tarde, salía, con la cara completamente enrojecida, dando trompicones. Estaba tan aturdida, que ni siquiera vio a Trent, situado tras un gran baúl que, sin embargo, no le cubría por completo.

Trent sonrió. Dejó que se fuese Jenny y se acercó al camerino de la artista.

Dahlia abrió a los pocos momentos. Era una mujer alta, pechugona, de irnos treinta y cinco años, con cara de saberlo todo. Sin embargo, resultaba muy atractiva.

—Hola —dijo el joven—. Iba a traerle unos bombones, pero la tienda estaba cerrada. ¿Me acepta el dinero a cambio?

Dahlia contempló los cinco billetes de veinte dólares que formaban abanico en la mano del joven y sonrió.

—Pasa, muñeco —invitó—. ¿Qué quieres de mí?

—Te he visto actuar en el escenario.

—¿Te gustó?

—Lo hacías mecánicamente, sin poner alma en la acción.

—Hombre, esas cosas sólo se simulan.

—Pero, en ocasiones, lo haces con pleno realismo.

Dahlia le miró oblicuamente, mientras se aplicaba crema para

quitarse el maquillaje.

—Suéltalo de una vez —sonrió.

—Aquí no, en tu casa —contestó Trent.

Ella asintió.

—Me gustas, muñeco —dijo.

Trent se acercó a ella y alargó el brazo derecho, casi cerrado el antebrazo.

—Toca —invitó.

Los dedos de Dahlia palparon los músculos bíceps. Una exclamación de sorpresa brotó inmediatamente de sus labios.

—¡Rayos, están duros como piedras! —exclamó.

—Las apariencias engañan —rió él—. ¿Tienes bastante para... bombones?

—Espera cinco minutos solo —contestó la «artista»—. ¿Bombones? —dijo riendo—. ¡Lo haría gratis para un tipo como tú!

Trent ocultó una sonrisa. Aquél era el mejor medio para averiguar cosas que, de otro modo, no habría conseguido saber.

Jenny salía de su apartamento cuando le vio, con los brazos cruzados, la sonrisa en los labios y apoyado en el quicio de su propia puerta.

—¿Qué hace ahí? —exclamó.

—Esperarla a usted —contestó Trent—. ¿Va a hablar con Shamm?

—Voy a intentarlo —dijo ella finalmente, a la vez que se encaminaba hacia el ascensor.

—Es lógico. Sobre todo, si se piensa que fracasó con Dahlia Leonard.

Jenny se revolvió velozmente.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, casi a gritos.

—Al salir del camerino, tenía la cara ardiendo. La respuesta de Dahlia no fue hecha precisamente en un lenguaje académico.

Entraron en el ascensor.

—Me dijo una sarta de obscenidades —se quejó Jenny.

—Y no consiguió nada.

—No. Oiga, usted estuvo...

—Y conseguí lo que usted no consiguió.

Jenny le miró recelosamente.

—¿Cuál fue el truco? —preguntó.

—No me gustaría herir sus castos oídos —dijo él, con fingido acento virtuoso.

—Se fue con ella...

—Y así supe por qué había declarado la coartada en favor de Jordán.

Ya estaban en la planta baja. Jenny empezó a cruzar el vestíbulo con largas zancadas.

—No me interesa lo que tenga que decirme —exclamó colérica—. Esa asquerosa mujer...

—Es muy guapa, Jenny.

—Y usted un tipo carente de moral. Déjeme. Váyase de mi lado para siempre.

—Mujer, eso es muy fuerte...

Salían ya a la calle y Trent, repentinamente, vio parado un coche frente a la puerta.

—Jenny, no siga —dijo calladamente.

Ella se detuvo y le miró.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Procure disimular. Hay dos tipos en el coche parado. Los conozco. Son dos canallas. No sé si vienen por usted, por mí o por ambos, pero no me gustaría que me pillaran a solas. Y a usted, menos todavía.

Agarró el brazo de Jenny y la empujó a lo largo de la acera.

—Son Dag Harrem y *Toro Bymes*, y han roto más huesos que pelos tiene usted en la cabeza. Por lo menos sé de dos tipos que murieron a consecuencia de los golpes que esos forzudos les propinaron.

Jenny sintió un escalofrío.

—¿Tan... malos son?

—Y, además, disfrutan con los sufrimientos de sus víctimas. Pero, espere... Quizá consiga impresionarlos un poco. ¿Tiene prisa?

—No, no me importa perder unos minutos, Fabián.

—Entonces, vamos a mi gimnasio.

—¿Qué, practica la gimnasia?

—Toda clase de ejercicios físicos —Trent se echó a reír—. ¿Sabe? Dahlia tocó mis bíceps y cayó en mis brazos, rendida instantáneamente.

—¡No me hable de esa furcia! —dijo ella, enojada.

—Otro rato le contaré lo que me dijo.

—Puede empezar ahora...

—No, cuando haya despachado a esos dos granujas. Nos están siguiendo con el coche. ¡No mire, diablos!

Jenny volvió a estremecerse. Con el rabillo del ojo apreció, sin embargo, que el automóvil en que viajaban Harrem y Bymes seguía a marcha lenta, pegado a la acera.

Diez minutos más tarde, Jenny ascendió por una escalera larga y penumbrosa, que desembocaba en una gran sala de gimnasia. Trent le indicó un banco.

—Aguarde aquí —dijo—. Estaré listo dentro de un minuto.

El joven desapareció de su vista. Nerviosa, Jenny metió la mano en su bolso. Si aquellos dos rufianes intentaban asaltarla, dispararía.

Un hombre apareció a poco por el lado opuesto, haciendo rodar dos enormes pesas esféricas. Las dejó en el suelo y se alejó. Jenny pudo ver las cifras que marcaban el peso de las bolas de metal: ciento treinta y cinco kilos cada una, seiscientas libras en total. Pero Trent apareció a los pocos instantes, ataviado con ropas de gimnasta y le dedicó toda su atención.

Casi en el mismo momento, surgieron los dos matones. Eran unos tipos gigantescos, de rostros simiescos, que daban miedo sólo de mirarlos a la cara. Bymes y Harrem avanzaron unos pasos. Jenny se encogió en su rincón.

Trent agitó la mano.

—Un momento, muchachos —dijo.

Los hampones se detuvieron, llenos de curiosidad. Trent se concentró, hizo unas cuantas inspiraciones y luego, inclinándose, asió la barra que unía ambas pesas. Estuvo así un segundo y a continuación, levantó las esferas de hierro sobre su cabeza.

A Harrem y Bymes se les salían los ojos de las órbitas. Jenny, no menos estupefacta, creía soñar. ¿De dónde había sacado Trent la fuerza suficiente para levantar casi trescientos kilos?

Súbitamente, Trent avanzó unos pasos, con la mirada en llamas.

—Ahora vais a ver. Os lanzaré estas pesas —amenazó.

Harrem y Bymes, aterrados, dieron media vuelta y huyeron.

Entonces Trent situó el índice en el centro de la barra y sostuvo el conjunto sólo con aquel dedo. Movié la mano izquierda y las pesas empezaron a girar sobre su cabeza en torno al índice.

Jenny se puso en pie. Trent sonreía maliciosamente.

—Cielos, qué truco... —empezó a decir la muchacha.

Pero casi en el mismo instante, un terrible sonido interrumpió sus palabras.

Abajo, casi al pie de la escalera, alguien disparaba una ametralladora.

El estrépito era ensordecedor, aunque no suficiente para acallar los gritos de agonía de los dos gigantes. Trent tiró a un lado las pesas de guardarrópia y corrió hacia el arranque de la escalera.

El director del gimnasio salió asimismo de su oficina.

El joven se inclinó cautelosamente, asomando la cabeza por un lado de la entrada.

Abajo, en la puerta que daba a la calle, había un sujeto con una pistola ametralladora en las manos.

El individuo cambió el cargador con toda tranquilidad.

Bymes y el otro se movían todavía. La metralleta volvió a incendiarse, regando de balas los dos cuerpos tendidos en el suelo. Cuando el hombre hubo agotado las municiones, dio media vuelta y escapó a la carrera.

El sargento Broxnum miró recelosamente a su amigo.

—De modo que habías venido a hacer ejercicios físicos.

—Si no me crees, pregúntale al director —contestó Trent—. Vengo a este gimnasio hace ya más de tres años. Soy un buen contable, pero ello no significa que deba tener los músculos oxidados.

—¿Y ella?

—Salimos juntos de casa. La invité a dar un paseo y luego a almorzar, pero no quería dejar pasar un día más sin hacer unos cuantos ejercicios. Ella accedió a esperarme.

—Es cierto, sargento —dijo Jenny.

—Bueno, pero ¿qué diablos hacían ahí esos gorilas?

—No lo sé. Vinieron aquí, se asomaron... y se largaron. Entonces fue cuando el ametrallador empezó a darle gusto al dedo.

Un policía de uniforme se acercó a Broxnum en aquel instante y le dijo algo al oído. Broxnum asintió y volvió a encararse con el joven.

—Han identificado al autor de los disparos. Fue Chubby Malone *el Mico*.

—No le conozco —dijo Trent.

—Yo sí, por desgracia. Y me imagino por qué mató a esos dos gorilas. Hace cosa de un año, le dieron una gran paliza. El Mico tuvo que pasarse cuatro meses en el hospital.

—Entonces, se puede presumir que lo hizo por venganza.

—Es lo más seguro. Harrem y Bymes habían dado demasiadas palizas. Tarde o temprano tenían que encontrarse con la horma de su zapato.

—Todas las acciones, buenas o malas, reciben su merecido —dijo el joven sentenciosamente.

Broxnum lanzó un bufido.

—No me vengas con citas bíblicas —dijo—. Fabián, tú que eres tan buen gimnasta, ¿serías capaz de levantar esas pesas de seiscientas libras?

—Claro que sí —sonrió Trent.

—No, es imposible. No tienes la fuerza suficiente... Ni siquiera los muertos podrían haberlo hecho, y eran hombres fuertes de verdad.

—Pero no tenían los músculos adecuados, como yo. ¿Te apuestas una cena para cuatro? Tu mujer y tú, Jenny y yo.

—Acepto —contestó Broxnum.

—Jenny, esta noche cenaremos gratis —dijo el joven alegremente. Momentos después, Trent levantaba las pesas sobre su cabeza. A Broxnum se le cayó en el acto la mandíbula inferior.

—Increíble —dijo.

—Pagarás la cena, supongo.

El sargento asintió.

—Me gusta cumplir mi palabra —contestó.

Y se marchó, seguido de sus no menos asombrados subordinados.

Trent miró a la muchacha y le guiñó un ojo. Ella sonrió.

—Si me espera unos minutos, me cambiaré de ropa. Luego iremos a hablar con Durrin Shamm.

—De acuerdo —accedió Jenny.

CAPÍTULO VII

Jenny conducía el coche. Trent se arrellenó en el otro asiento y se quitó los lentes para limpiar los vidrios con un pañuelo.

—¿Le gusta el oficio? —preguntó.

—No. Pero quiero seguir adelante —respondió Jenny.

—Supongo que desenredará la madeja. ¿Qué hará después?

—Tengo el título de abogado. Pienso ejercer. ¿Y usted?

—He ahorrado algo de dinero. Puedo permitirme el lujo de esperar un año antes de volver a trabajar en lo mío.

—Contabilidad.

—Sí. Los números se me dan bien. Además, me gusta. Sé que es árido, nada atractivo.

—Cuando a uno le gusta algo, no lo ve ni árido ni desagradable. Y los buenos contables son siempre apreciados. Encontrará trabajo.

—Gracias por sus buenos deseos. ¿Cómo se siente?

Jenny encogió los hombros.

—Empiezo a acostumbrarme a la guerra —contestó—. Porque esto es una guerra, Fabián.

—Al menos, se parece bastante.

—Oiga, todavía no me ha dicho qué le contó Dahlia Leonard.

—No gran cosa. Alguien le indicó que debía corroborar la coartada de Jordán y obedeció.

—¿Por qué? ¿No fue capaz de resistirse?

—Jenny, es usted una chica ingenua y alejada de la realidad de la vida. Dahlia vive de sus encantos. Un par de cortes en la cara o en los senos... y tendría que dedicarse a la mendicidad.

Ella sintió un escalofrío.

—La amenazaron —adivinó.

—Exacto. A mí me lo dijo privadamente, pero no lo admitiría ante un policía por nada del mundo.

—Pero Jordán está muerto.

—Tenía un defecto: era muy parlanchín. Y quería más dinero del convenido.

—Comprendo. No hemos conseguido demasiado.

—Yo, sí, Jenny.

—A ver, dígalo.

—Aparte de las cosas poco honestas que pudo hacer su padre, sé que tenía algo que comprometía gravemente a Charlington. Lo que no sé es qué es ni dónde pueda tenerlo escondido. Y Charlington, a su vez, sabe que esa cosa, sea lo que sea, no corre peligro de saín a la luz, al menos por ahora.

—Es decir, mató a mi padre.

—Para evitar que le divulgase secretos que podrían no ya arruinarlo, sino enviarlo a la cárcel para el resto de sus días.

—¿Cree que Shamm pueda decirnos algo sobre el particular?

—Probaremos, ¿no le parece?

—Sí —convino ella—. Probaremos... Fabián, ¿cómo se le ocurrió el truco de las pesas falsas?

—Oh, el director del gimnasio las tiene allí para fotografías publicitarias. Yo lo sabía, se las pedí y accedió a dejármelas. Sabía que impresionaría a aquellos dos mastodontes.

—Ahora están muertos, Fabián.

—Decenas de tipos, y hasta de mujeres, se alegrarán de ello —contestó Trent—. Si hubiesen podido pillarme por su cuenta, a estas horas estaría en el hospital convertido en una masa de carne y huesos pulverizados.

Trent hizo una pausa y añadió:

—A Charlington, en cambio, no le gustará nada.

—Me llamo Jenny Tucson y soy hija del hombre al que mató Jordán hace cuatro semanas —dijo la joven resueltamente—. ¿Por qué se prestó a probar la coartada de un asesino, señor Shamm?

Durrin Shamm se lamió el labio superior. Era un sujeto de regular estatura y ojos indecisos.

—Éramos muy amigos. Me lo pidió, y claro...

—¿Cuánto le pagó por ello?

—Le he dicho que éramos amigos, señorita Tucson.

Ella le miró fijamente.

—No me creo esa fábula en absoluto. ¿Y usted, Fabián?

—Continúe —evitó una respuesta directa.

—Alguien le pagó a usted. O le intimidó —dijo Jenny—. Dígame su nombre, Shamm. ¿O prefiere que se lo lleven a la Jefatura de Policía para interrogarle?

—Escuche... me obligaron... —Shamm extendió las manos, suplicante—. Yo no quería, pero me amenazaron...

—¿Quién?

—Hyle.

Jenny se volvió hacia el joven.

—¿Fabián?

—Pudiera ser —respondió Trent.

—Sí, parece lógico. Una pregunta más, Shamm. ¿Por qué mataron a mi padre?

El sujeto vaciló.

—Mire, yo tengo ganas de salir de este jaleo, pero ando corto de «pasta». Si me da lo suficiente para largarme de la ciudad...

—¿Cuánto es lo suficiente?

—Mil dólares.

—Quinientos —rebajó Trent rápidamente.

—Acepto —contestó Shamm en el acto.

—Déselos, Jenny.

—Está bien, Fabián.

Jenny abrió el bolso. Sacó un fajo de billetes, contó los necesarios y los sostuvo en alto con los dedos índice y medio.

—Espero su respuesta, Shamm.

—Se rumorea por ahí que Charlington mató a su esposa, Doreen, y al amante, Charlie «el Bellísimo». Charlington dice que le abandonaron, pero no parece cierto.

—Un doble asesinato —murmuró Trent.

—Sí. Naturalmente, haría desaparecer los cadáveres y...

—Jenny, dele el dinero. Ya tenemos más que suficiente.

—Sí, Fabián.

—Shamm, lárgate de la ciudad cuanto antes —ordenó el joven—. Si me entero de que sólo querías sacarle a esta chica quinientos «pavos», vendré aquí y te haré pedazos.

—No tardaré en marcharme ni cinco minutos —prometió el sujeto.

Ya en el coche, Jenny hizo una pregunta a Trent:

—Fabián, ¿cree usted en la historia que nos ha contado Shamm?

—No sé qué decirle. Yo no llegué a conocer a Doreen Charlinton ni a su amante. Pero si eso fuese cierto, si se pudiese probar el doble asesinato... Charlinton estaría perdido.

—Mi padre averiguó algo. Es posible, incluso, que consiguiese pruebas. ¿Por qué no lo denunció a la Policía?

—Me parece que ha hecho una pregunta ociosa, Jenny.

Ella apretó los labios, porque había comprendido el sentido de aquellas palabras.

—Quiso hacerle chantaje —dijo, dolorida.

—Charlinton debe de sentirse muy seguro sobre ese caso o hubiera cedido a las pretensiones de su padre. Pero, al mismo tiempo, tiene también miedo de que otros descubran el «pastel».

—¿Cómo, Fabián?

—Encontrando los cadáveres, Jenny.

Ella quedó pensativa unos segundos. Luego murmuró:

—Me pregunto qué clase de pruebas pudo conseguir mi padre. No acabo de adivinar qué había encontrado.

—Le voy a hacer una sugerencia. Revise el apartamento a fondo. Busque por todas partes.

—Ya lo han registrado otros. ¿Cómo sabemos que no encontraron las pruebas?

—Insista, no se desanime. A fin de cuentas, ha venido aquí para hacer que el asesino de su padre sea castigado, ¿no?

Ella asintió.

—Buscaré, pero... —De pronto, se echó a reír—. Oiga, ¿cree que el sargento pagará la cena para los cuatro?

—Si no lo hace, le retiraré mi amistad —contestó Trent muy serio.

Terminada la cena, Broxnum, sonriendo sólo de labios para fuera, pagó la cuenta, nada exigua, mientras Trent, con cara de satisfacción, se aflojaba un punto el cinturón.

—Así da gusto cenar, ¿eh, Jenny?

—Me gusta pagar las apuestas que pierdo —refunfuñó el policía.

—Pero no apuestes otra vez sin estar seguro de que vas a ganar —intervino la señora Broxnum—. Fabián, ¿te vas a casar con Jenny?

Trent respingó. Jenny se puso colorada.

—Oh... Sólo vivimos en la misma casa...

—Podríais aprovechar. Un solo apartamento es el doble de barato que dos —dijo Lucille Broxnum maliciosamente.

—Nos lo pensaremos. Mientras tanto... —Trent levantó la mano y llamó al camarero, para entregarle las llaves de su coche—. Por favor, ¿quiere traerme el maletín que hay en el portaequipajes? —solicitó.

—Sí, señor, al momento.

El camarero regresó muy pronto.

Trent puso el maletín en el suelo y lo abrió, contemplado con gran curiosidad por los otros tres comensales. Broxnum vio una cosa negra, arrugada, y también un pequeño cilindro de metal, semejante a un extintor portátil.

Impasible, Trent acopló la boquilla del supuesto extintor a un punto de aquella tela arrugada y luego presionó un interruptor.

Se oyó un fuerte siseo. La tela arrugada empezó a desplegarse. Instantes después, Trent suspendía la salida de abe comprimido.

Broxnum se quedó atónito al ver las dos pesas de gimnasia, unidas por el tubo central, reforzado simplemente por la presión del aire.

Los otros clientes del restaurante estallaron en carcajadas. Lucille, la esposa del sargento, se apretaba los costados, muerta de risa. Jenny estaba también muy divertida.

—Bandido, estafador, tramposo... —dijo Broxnum.

Trent hizo voltear el artilugio sobre su cabeza y luego soltó la válvula para que se deshinchase.

—Pagaré la cena. Llévales este cacharrito a tus chicos. Se divertirán muchísimo —aseguró.

—Lo van a pasar en grande —dijo la señora Broxnum—. Gracias, Fabián; nunca había disfrutado tanto como hoy.

—Tu esposo es un buen amigo —contestó el joven—. Aunque no se sentía muy a gusto cuando yo trabajaba con Charlington.

—Fabián, no estamos aquí para oír cosas poco agradables —dijo el pobre Broxnum.

—Sí, tienes razón, Peter.

Pero más tarde, cuando ya abandonaban el restaurante, las damas precediéndoles, Trent echó el brazo sobre los hombros de su amigo y dijo:

—Peter; ¿qué sabes de la señora Charlington, y de su amigo

Charlie «el Bellísimo»? Broxnum volvió la cabeza.

—Lo que sabe todo el mundo —contestó—. Se fugaron.

—Todo el mundo, menos unos pocos, están equivocados —manifestó el joven, muy serio—. Charlinton los mató personalmente y sus cuerpos están enterrados en alguna parte.

El policía respingó.

—¿Seguro?

—¿Por qué crees que murió el padre de Jenny?

Broxnum movió la cabeza repetidas veces.

—Esto da una dimensión nueva al asunto —murmuró.

—Exactamente, Peter.

Trent y Jenny regresaron juntos a casa.

—¿Lo ha pasado bien? —preguntó él.

—Sí, ha sido una velada inolvidable. Sobre todo, cuando Peter vio el truco de las pesas. No puedo olvidar la cara que puso.

—Sí, resultó divertido —convino él.

Más tarde, cuando llegaron al corredor, Trent pasó la mano por la pulida superficie de la nueva placa que había en la puerta del apartamento de Jenny.

—La quitará cuando haya acabado —dijo.

—Sí, claro.

—Se marchará de la ciudad... ¿Querrá dejármela de recuerdo?

—¿Por qué no? —Jenny abrió la puerta—. Buenas noches, Fabián.

—No se olvide de mi consejo. Siga buscando.

—Lo haré —prometió ella.

Trent entró en su apartamento y empezó a desnudarse. De pronto, se preguntó si Linda Opperwood sabría algo del asunto. Merecería la pena preguntárselo, claro.

¿Y Dahlia Leonard?

Torció el gesto.

Tener que enfrentarse con dos mujeres de volcánico temperamento no era cosa que le agradase demasiado, sobre todo estando aún recientes las respectivas entrevistas.

—Pero creo que no tendré otro remedio que «sacrificarme» —decidió al cabo.

Stacey Charlinton se sentía muy aprensivo.

—¿Aún no han encontrado al «Mico»? —preguntó.

—No —respondió Hyle—. Se lo ha tragado la tierra...

—Eso es imposible —barbotó Charlinton—. Un tipo que usa una ametralladora, no se esconde tan fácilmente, Hyle.

—Es probable que «el Mico» tenga más amigos de lo que pensamos —dijo el aludido—. En cambio, Harrem y Bymes no eran precisamente unos tipos muy populares.

—¿Quieres decir que hay alguien que oculta a ese bastardo?

—Esos dos mastodontes habían roto demasiados huesos. Nadie se atrevía a meterse con ellos, hasta que apareció «el Mico» con su ametralladora. Oiga, sólo ha faltado que se organizase una manifestación, aplaudiendo las muertes de Harrem y Bymes. Nosotros tenemos muchos confidentes, es cierto, pero cerrarán el pico en este caso, porque los otros son más.

—Nunca me gustó que hicieran algo a uno de los míos, sin desquitarme después.

—Esta vez, tendrá que olvidarse del asunto —aconsejó Hyle—. Si pretende removerlo, puede ser peor.

—Está bien —se resignó Charlinton—. De todos modos, tenemos problemas más importantes. ¿Qué me dices de Trent?

—Me gustaría hacer una cosa, jefe.

—¿Sí?

—¿Por qué no me deja hablar con él? Como personas civilizadas, sin violencia, con toda cortesía. Quizá pudiera conseguir algo.

—Está bien, habla con él —contestó—. Pero sé prudente.

—Descuide. Conseguiré ver su juego sin que él se dé cuenta del mío —declaró Hyle orgullosamente.

Trent salió de su casa, muy de mañana, vestido con ropas de entrenamiento y sin pensárselo dos veces emprendió la marcha a paso ligero.

Segundos después, vio a un tipo en bicicleta que se situaba a su lado.

—Esta vez no me dejará rezagado —dijo «el Lapa» sonriendo.

—Eres tenaz, Tommy —contestó el joven—. Pero no puedo impedirte que también hagas ejercicio.

—La bicicleta es muy sana, señor Trent.

Atravesaron la calle y entraron en el parque.

Durante unos minutos, marcharon por los senderos enarenados,

en donde se veían a personas de ambos sexos que practicaban el mismo ejercicio. De pronto, Trent hizo una pregunta:

—Tommy, ¿qué sabes de Doreen Charlington y de Charlie «el Bellísimo»?

Los pies de Sutton se enredaron de pronto en los pedales. La bicicleta se tambaleó de un lado a otro y al fin, Sutton acabó por dar con sus huesos en el suelo.

Sonriendo, Trent se inclinó para ayudarle a ponerse de pie.

—Me parece que necesitas un poco de práctica.

Sutton temblaba como un azogado.

—Creo que... que será mejor que me marche...

No lejos de allí, un policía caminaba tranquilamente, haciendo voltear su porra.

—¿Seguimos el ejercicio o llamo al «poli»? —dijo Trent.

Sutton miró de reojo al representante de la ley.

—Seguiremos, pero no sé nada... —Cabalgó de nuevo sobre la bicicleta. Se fugaron, ¿sabe?

—Estás muy nervioso, Tommy. ¿Por qué no te desahogas, contándome lo que sabes? Si lo que pienso yo, y tú te imaginas fácilmente, es cierto, entonces puedes verte algún día en un apuro. Charlington es un barco que se hunde. Abandónalo antes de que sea demasiado tarde.

Sutton hacía heroicos esfuerzos para mantenerse en equilibrio sobre el vehículo de dos ruedas.

—Sólo hay una persona que podría contestarle con la verdad —dijo.

—¿Quién?

—Lemmy Hyle. Él lo sabe todo de Charlington.

—Pero tú también sabes algo.

Sutton volvió a pararse. Estaban en un lugar solitario, pero, a pesar de todo, volvió la cabeza a todos lados, para cerciorarse de que no les observaban.

—No sé por qué hago esto. Debo de estar loco, o quizá es que una vez Bymes y el otro me dieron una buena paliza, porque no quise seguir a una persona que me agradaba mucho. Era una mujer, ¿sabe?

—¿Y...?

—Luego, Hyle le rajó la cara. No sabe cuánto disfruté cuando me

enteré de que esos dos bestias habían sido acribillados a balazos.

—Lo sé, pero no parece que eso tenga mucha relación con lo que estamos hablando.

—Aguarde —dijo «el Lapa»—. Charlington lo hizo y Hyle sabe dónde están enterrados los cuerpos. Es más, Hyle tomó fotografías, pero alguien le birló la cámara cargada, antes de que tuviera tiempo de revelarlas.

Sutton volvió a mirar a todas partes.

—Creo que fue Tucson el que le quitó la cámara —agregó.

Volvió a poner la bicicleta en marcha y esta vez desapareció a toda velocidad, como si le persiguiese Satanás en persona.

Trent sonrió.

—Las cosas empiezan a aclararse —murmuró, mientras, pegando los codos al costado, reanudaba nuevamente su sesión de «jogging».

CAPÍTULO VIII

Cuando entró en el apartamento, percibió olor a café recién hecho y huevos fritos con tocino.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

—¡Vaya a darse una ducha, estoy preparándole el desayuno! —contestó Jenny.

Trent meneó la cabeza, sonrió y se metió en el baño. Diez minutos más tarde se sentaba ante la mesa, debidamente preparada. Jenny lo hizo frente a él y llenó su taza de café humeante.

—¿Fue interesante la conversación? —preguntó.

—¿Qué conversación? —dijo él.

—No se haga el ingenuo. El parque se ve desde mis ventanas y tengo unos buenos prismáticos.

—Tiene alma de espía —sonrió él—. Las cosas parece que se confirman, Jenny.

—¿Qué es lo que se confirma, Fabián?

—El asesinato de Doreen y de su amante.

—Se lo dijo aquel tipo, ¿eh?

—Sí. Y esas dos muertes fueron causa de la muerte de su padre.

—¿Por qué no se explica un poco mejor?

—Charlinton mató a su esposa y al amante. Hyle tomó fotografías. Su padre le quitó la cámara, aún cargada, y antes de que pudiera haber revelado el negativo.

Jenny dejó caer el tenedor.

—Entonces, eso es lo que buscaban.

—Sí —contestó él, muy entretenido en perseguir medio huevo frito con el tenedor y un trozo de tostada.

—Por lo que se puede deducir, aún no han encontrado la película.

—Eso parece.

Jenny puso el codo en la mesa y apoyó el mentón en una mano.

—Me pregunto dónde pudo esconder papá los negativos. O las fotografías, si hizo revelar la película. Encontré una cámara, pero estaba abierta y descargada.

—Los que hicieron el registro se la dejaron, después de ver que no contenía nada.

—Eso creo. Sí, al menos, hubiera dejado una pista...

Trent hizo un gesto de pesimismo.

—Usted misma dijo que su padre era poco aficionado a las notas —manifestó—. Los negativos estarán en alguna parte, pero sólo él sabía dónde, Y ya no puede decírnoslo, lógicamente.

—Seguiré buscando —dijo ella resueltamente—. Si es preciso, levantaré el suelo y picaré el revoque de las paredes. Papá tuvo que dejar alguna pista en alguna parte.

—Muy bien, eso es interesante. Siga buscando y avíseme en cuanto encuentre algo de importancia.

Jenny se puso en pie.

—No le importará fregar los cachanos, ¿verdad?

—Lo ha dicho usted de una manera, que no puedo eludir la cuestión —respondió él jovialmente.

Cuando terminó, se cambió de ropa y miró el teléfono. Tras unos momentos de indecisión, desistió. No, no podía llamar a Linda, para evitar ponerla en un compromiso. Ella le llamaría y...

Era mucho mejor ir a hablar de nuevo con Dahlia Leonard. Tenía la impresión de que la artista no le había contado todo lo que sabía.

Dahlia bostezó aparatosamente, el opulento cuerpo mal velado por la bata de encajes, y se apartó a un lado para que pasara el visitante.

—Madrugas mucho —se quejó—. Sí, al menos, hubieras estado a mi lado en la cama...

—Creo que te conviene un poco de café. Lo haré mientras te arreglas.

—Sí, es una buena idea.

Dahlia se fue a trompicones hacia el baño.

Trent la miró y meneó la cabeza. «Mucho alcohol, luego pastillas para dormir, ahora para despejarse... En pocos años, la ruina», pensó.

Dahlia salió poco después.

—¿Y bien? —dijo, al aceptarla taza que le ofrecía el joven.

—¿Qué sabes de Doreen Charlington y del «Bellísimo»? —le espetó Trent sin más preámbulos.

Dahlia tomó el café en silencio.

—Hay noticias muy confusas al respecto —dijo.

—Quiero tu opinión —pidió Trent.

—Los asesinaron.

—¿El marido ofendido?

Ella hizo un encogimiento de hombros.

—Yo no estaba delante.

—Alguien sí estaba delante y tomó fotografías.

—¡Horrible!

—Ciertamente. Y por eso murió Tucson.

—¿Las tomó él?

—Se supone que las tenía en su poder.

Dahlia entornó los ojos.

—¿Has hablado con Sally Smart?

—¿Quién es esa mujer?

—Tucson tenía una fulana. No vivían juntos, pero la visitaba con frecuencia.

—Comprendo. ¿Dónde vive?

—Eso sí que no lo sé. Hablo en serio, muñeco. Si lo supiera, te lo diría.

Trent se encaminó a la puerta.

—¿Podrás averiguarlo? —preguntó, con la mano en el picaporte.

—Haré los posibles.

—Gracias. Te enviaré más bombones otro día.

—Tráemelos tú —sonrió Dahlia.

Cuando salió a la calle, vio a Sutton apoyado en un farol, muy ocupado, al parecer, en la lectura de la sección de hipódromos de un diario.

—Creí que habías abandonado la persecución —dijo.

—Tengo que justificar el salario —se defendió el espía—. Pero no tema, no diré nada que pueda perjudicarle a usted ni a la prójima que vive ahí arriba.

Sutton le guiñó un ojo.

—He abandonado el barco, pero nadie lo sabe todavía —añadió.

—Muy bien. Vuelvo a mi casa, Tommy. ¿Te importaría hacerme

un favor?

—¿De qué se ñata?

—Cincuenta «pavos» para ti, si me encuentras a Sally Smart.

—¿Quién es la prójima, jefe?

Trent se echó a reír.

—No cabe duda; estás en otro barco —contestó—. La amante de Tucson. No hace falta que vayas a mi casa; simplemente, llámame por teléfono.

—Está bien.

Trent volvió a su coche. Esperaría en casa. Linda le llamaría, y seguramente, Sutton también.

La noticia le caería a Jenny como una bomba, pero no le era posible ocultarle aquel pasaje de la vida de su padre.

Sutton le llamó al atardecer.

—He localizado a la prójima —informó—. Calle Veintidós, dos mil setecientos veinticuatro. Es una casita de una sola planta, con jardín, muy bonita. Ella sale poco. La encontrará allí.

—Te has ganado los cincuenta «pavos», Tommy. Ven a espiarme mañana por la mañana.

«El Lapa» se echó a reír.

—Está bien.

Trent se dispuso a salir en aquel mismo instante. Linda no le había llamado, pero ya no tenía tanta importancia. Se puso la chaqueta, abrió la puerta del apartamento y vio que Jenny también salía.

—Estoy molida —confesó la muchacha—. He revuelto todo, pero no he encontrado el menor rastro.

—En cambio, quizá yo lo encuentre ahora —dijo él.

Jenny se reanimó instantáneamente.

—Voy con usted —exclamó.

—Sí, le conviene.

Momentos después, subían al coche de Jenny.

—¿Adónde vamos, Fabián?

—Siga recto, ya le iré indicando el camino. Ah, y no se sobresalte por la noticia. Vamos a ver a la amante de su padre.

Las manos de Jenny se crisparon sobre el volante.

—Tema una...

—Aún no había cumplido el medio siglo y estaba de buen ver.

—Nos abandonó a mi madre y a mí...

—Usted dijo que la culpa era de ambos.

—Sí, pero... Bueno, ya está hecho todo, ha pasado y no sirve de nada lamentarse. ¿Cree que esa mujer le dirá algo?

—Es posible. Por lo menos, vale la pena intentarlo.

—Tiene razón —convino ella—. Puede que nos dé la solución... pero, de todos modos, francamente, no se me ocurre dónde pueden estar esos dichosos negativos.

—Quizá nos lo diga Sally Smart. Ése es el nombre de la amiga de su padre.

Jenny calló y ya no dijo nada más, hasta que se detuvieron frente a la casa donde vivía Sally. Trent se apeó y esperó a que la muchacha se reuniese con él, para avanzar juntos a lo largo del corto sendero que conducía a la entrada.

De repente, cuando se disponían a llamar, sonaron unos espantosos gritos en el interior.

Estalló una detonación. Trent agarró a la muchacha por un brazo y la arrastró fuera de la puerta. Alguien abrió en el mismo instante.

Una mujer salió corriendo, enloquecida de pánico, a la vez que emitía unos estridentes chillidos. Desde el umbral, un hombre la apuntó con su revólver y disparó varias veces seguidas.

Trent saltó hacia adelante y golpeó duramente la muñeca del asesino. El tipo, sorprendido, se tambaleó.

Había perdido el arma y retrocedió, para sacar una navaja automática. Trent agarró la mano y se la retorció con todas sus fuerzas.

El asesino lanzó un estremecedor alarido. Trent le golpeó en el mentón con todas sus fuerzas, derribándolo sin sentido.

Jenny estaba petrificada por el horror. Trent captó la imagen de la mujer que se retorció débilmente en el suelo, con la espalda llena de sangre.

—Jenny, entra y llama a una ambulancia —gritó.

La muchacha reaccionó. Saltando por encima del cuerpo inmóvil del asesino, buscó el teléfono. Mientras, Trent se arrodillaba junto a la mujer.

—Sally...

Ella abrió los ojos. El joven pudo ver unas pupilas ya turbias.

—He venido con la hija de Tucson —añadió Trent—. Está buscando a los asesinos de su padre. Tucson tenía pruebas contra Charlington. Usted debe de saber algo...

Sally asintió con un leve parpadeo.

—Nunca... me dijo dónde las guardaba... Sólo decía que... estaban tan a la vista... que nadie sería capaz de verlas...

La voz de la mujer se debilitaba rápidamente. Trent le tomó el pulso: apenas sí se percibía ya.

Jenny vino en aquel instante.

—La ambulancia llegará enseguida —exclamó—. ¿Cómo está?

Trent miró el exangüe rostro de Sally. De pronto, notó que el corazón de ella había dejado de latir. Suavemente, la depositó en el suelo y cerró sus ojos, que habían quedado abiertos.

—Alguien recordó un poco tarde el nombre de Sally y quiso arreglar el descuido —dijo sombríamente.

Una sirena policial aullaba, acercándose rápidamente. Trent se acercó al asesino. Aún estaba desvanecido. El interrogatorio quedaría a cargo del sargento Broxnum, pensó.

CAPÍTULO IX

—Las pruebas están tan a la vista que nadie será capaz de verlas —dijo Trent, repitiendo las últimas palabras de Sally Smart.

Jenny estaba sentada ante la mesa, con las manos juntas.

—Eso parece un jeroglífico —observó.

—Lo es. Y precisamente por dicha razón, encontrar pruebas será harto difícil.

—¿Dónde están tan a la vista, que nadie puede verlas?

Callaron un momento. De pronto, llamaron a la puerta.

Jenny se sobresaltó. Trent se puso de pie.

—No se mueva —aconsejó.

Estaban en la cocina y cerró la puerta. Cruzó la sala, abrió y miró fijamente a Hyle.

—¿Puedo hablar con usted? —solicitó el visitante.

—Es ya un poco tarde —se defendió Trent.

—No estaré mucho rato, Fabián. ¿Me permite que le llame así?

—Lo hacía cuando trabajaba para Charlington. No hay motivo para exigir un tratamiento más protocolario.

Hyle entró en el apartamento. Trent cerró y movió una mano.

—Empiece, Hyle.

—He venido por mi propia voluntad, Fabián. Aunque, por supuesto, el jefe lo sabrá luego.

—Sí, me lo imagino.

—Charlington se siente un poco inquieto. Teme que usted hable sobre sus libros de contabilidad.

—Le dije que sería discreto. No debe temer nada de mí en ese sentido.

—Le gustaría sentirse más seguro.

—¿Qué quiere que haga? No le voy a enviar mi cerebro metido en un frasco de alcohol. Charlington sabe demasiado bien que no me llevé nada que pueda ponerle más adelante en un compromiso.

—Quizá tenga razón —sonrió Hyle—. Pero también se siente inquieto porque la hija de Tucson anda removiendo las aguas innecesariamente. Y usted vive frente a su apartamento.

—Mataron a su padre. Me parece lógico que ella quiera que el asesino sea castigado.

—Jordán ya murió, Fabián.

—Sí, era un bocazas. Pero el que pagó sigue vivo y libre.

Hyle sonrió desdeñosamente.

—Esa loca no conseguirá nada —aseguró.

—Es posible, pero le diré una cosa. He podido conocerla sé que es testaruda como una mula. No parará hasta conseguir lo que desea.

—Y usted la ayudará...

Trent hizo una mueca.

—Bueno, me divierto un poco —repuso.

—Esto no es cosa de broma —dijo Hyle ásperamente.

—No, no lo es, sobre todo si pensamos en la mujer que ha muerto esta misma tarde.

—¿De quién estás hablando, Fabián?

—No se haga el tonto, demasiado lo sabe. Los problemas le Charlington no están en un fraude fiscal de mayor o menor cuantía, eso se puede arreglar siempre. Pero lo que ya es más difícil de solucionar es la «fuga» de Doreen con Charlie «el Bellísimo».

Hyle se puso lívido.

—Se fugaron. No tiene nada de particular. Y a Charlington no le puede perjudicar en absoluto.

—Mire, Hyle, seamos sinceros. Es la comidilla general. Doreen y Charlie fueron asesinados y están escondidos en alguna parte. Usted lo sabe mejor que nadie.

—¡Le digo que no!

Trent caminó hacia la puerta y asió el pestillo.

—Lárguese.

Los puños de Hyle se crisparon. De pronto, recordó su derrota y desistió de atacar al joven.

—Se ha situado en mala posición, Fabián —dijo al cabo—. Búsquese otra mejor o le pesará.

—Aplíquese el consejo a usted mismo —respondió el joven, impasible.

Hyle echó a andar hacia la puerta.

—Si no me hace caso, acabará como...

—¿Cómo Tucson?

El «sí» explotó en los labios de Hyle, quien, a continuación, salió con paso rápido. Trent cerró la puerta, sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor de la frente.

—La entrevista ha sido más bien borrascosa —dijo Jenny desde la cocina.

—¿Lo has oído?

—Todo. Pero no le has mencionado las fotografías.

Trent sonrió.

—No conviene descubra todas las cartas —respondió—. Ellos creen que buscamos pruebas de la culpabilidad de Charlington y que no las hemos encontrado, lo cual es cierto; pero ignoran que ya sabemos que Hyle tomó fotografías del asesinato.

—Me pregunto por qué lo haría —dijo ella pensativamente.

—No lo sé —murmuró el joven—. Pero tengo la impresión de que Hyle aspira a ocupar el lugar de Charlington. O tal, vez se contentaría con seguir en su puesto, con mayor participación en las ganancias, y dirigiendo los asuntos en la sombra, a su gusto, mientras Charlie aparecería como la cabeza visible. Hay personas a las que les gusta mandar, sin que se sepa que lo hacen, ¿comprendes?...

Jenny asintió.

—Se te entiende de sobra, y Hyle da muy bien el tipo que acabas de describir —echó a andar hacia la puerta—. Creo que es hora de que me acueste, Fabián.

—Procura dormir lo mejor posible —aconsejó él.

—Lo intentaré.

Jenny abrió la puerta, pero se detuvo unos segundos en el umbral.

—Las pruebas están tan a la vista, que nadie será capaz de verlas —murmuró—. Pero, al mismo tiempo, eso quiere decir que todos podían ver el escondite, ¿no te parece?

—Una deducción muy acertada —contestó Trent.

Ella emitió un largo suspiro.

—¿Qué es lo que, todo el mundo ve y nadie puede ver?

—El aire, cuando no está contaminado —rió el joven.

—Esas pruebas no son aire, Fabián: son dinamita —dijo Jenny con dramático acento.

—De modo que querías hablar con Sally Smart —dijo el sargento Broxnum a la mañana siguiente.

—Así es. El asesino se nos anticipó.

Broxnum entornó los ojos.

—Es un perfecto canalla —dijo—. Teníamos ganas de atraparlo desde hace mucho tiempo, pero nunca habíamos podido pillarle con un mínimo de pruebas. Gracias a ti, podremos sentarle ante un juez, con la seguridad de enviarle a presidio para el resto de sus días.

—Quizá quiera un compromiso —apuntó Trent.

—¿Declarar el nombre del que le pagó, para conseguir una reducción de la pena? No creo que el fiscal lo admita, sobre todo cuando el asunto está tan claro. Además, lo que dijera no podría ser tomado como prueba. ¿Quién corroboraría su declaración?

—¿Dio algún nombre?

Sólo dijo que le enviaron por correo cierta suma de dinero y el nombre y la dirección de Sally Smart. Entró por la parte posterior de la casa, ya que había ido por la otra calle. Dejó el coche a punto y...

—Sally le vio a tiempo.

—Sí. Pero no fue el suficiente.

—Pobre mujer.

—Fabián, tú sabes por qué la mataron —dijo Broxnum.

—Claro que sí. Buscan las pruebas del asesinato de Doreen Charlinton y de su amante. Para destruirlas, claro.

—No las encontrarán —se desanimó el policía—. Ni nosotros tampoco.

Trent prefirió callar el asunto de las fotografías. Ya lo haría público más adelante, se dijo.

—No desesperes —sonrió.

—Oh, estoy acostumbrado a tener paciencia. Pero me gustaría atrapar a Charlinton. En la ciudad nos sentiríamos mucho más tranquilos.

Trent llamó al camarero del restaurante donde almorzaban y le pidió la cuenta.

—¿Qué hacen tus chicos con las pesas falsas?

—Oh, lo pasan de maravilla —rió Broxnum.

—Saludos a Lucille —se despidió el joven.

Un poco más adelante, se encontró con «el Lapa».

—No sé qué pensar de ti, Tommy —dijo.

El individuo hizo una mueca.

—Tengo que justificarme, pero, a veces, digo que le he perdido la pista. Como ahora. No sé con quién ha estado hablando, no conozco al sargento Broxnum —contestó.

—Estás procurando buscar un buen puesto, para cuando sobrevenga el naufragio, ¿verdad?

—Sólo los tontos no se ponen el salvavidas cuando hay riesgo de tormenta en el barco —dijo Sutton maliciosamente—. ¿Ha adelantado algo?

—No mucho. Pienso, sin embargo, que Hyle trata de hacerle una mala pasada a su jefe.

—No es usted el único que piensa así.

—¿Tú también, Tommy?

—Para algunas cosas, Charlington, pese a su aspecto y a su posición, es un incauto. Quizá no naufrague su barco, pero un día, sin saber cómo, se encontrará que es otro el capitán.

—Y entonces lo arrojarán por la borda.

—Más bien se quedará de grumete —rió Sutton—. Ahora bien, si se llega a saber de verdad que mató a su mujer y a Charlie... entonces no se salvarán ninguno de los dos.

—Es un asunto difícil de probar, porque no hay cuerpo del delito —dijo el joven pensativamente—. Aparte de esos dos, ¿no hay otra persona que pueda darnos algún dato sobre el caso?

Sutton calló unos momentos, mientras caminaban apaciblemente por la acera. Luego, de pronto, chasqueó los dedos.

—Creo que tengo algo —exclamó—. Tal vez no consiga nada, pero me parece que vale la pena intentarlo.

—¿Qué debo intentar, Tommy?

—Charlie «el Bellísimo» tenía una fulana. Verá, aunque estaba liado con la señora Charlington, yo creo que más bien pretendía sacarle dinero. Charlie vivía de su físico, ¿comprende?

—Sí. ¿Qué más?

—Pero tenía una amiga, a la cual era siempre fiel... bueno, relativamente. Era como... su maestra, no sé si me entiende...

—Vamos, ella le había iniciado en el oficio —sonrió Trent.

—Sí. Aunque es ya madura, se conserva todavía muy bien. Vaya a verla, quizá consiga algo. Se llama Débora White y vive en los apartamentos Greenfield.

Trent sacó un billete y lo puso en la mano del sujeto.

—Ahora mismo iré a ver a Débora White —prometió.

CAPÍTULO X

Cuando estuvo frente a la mujer, Trent pensó que se hallaba frente a una honesta ama de casa, activa y trabajadora. Débora White vestía con modestia, aunque no sin cierta elegancia, y tenía un rostro digno y apacible. Pero ya había dejado atrás los cuarenta años.

—Me llamo Fabián Trent —se presentó—. Un amigo me ha dicho que usted conocía a Charlie «el Bellísimo»...

—Charlie Scranton —puntualizó la mujer—. El apodo se lo pusieron otros y nunca me gustó que le llamaran así.

—Lo siento, señora, ignoraba que... —Trent estaba aún en la puerta—. ¿Puedo pasar?

—Primero dígame qué quiere, señor Trent —pidió ella.

—Deseo que me dé detalles sobre Charlie y la señora Charlington. Algunos opinan que se fugaron. Otros dicen que están bajo seis palmos de tierra.

Débora se echó a un lado y cerró la puerta cuando Trent hubo entrado. Luego fue a una consola, abrió una caja y sacó un cigarrillo, que encendió con mano nerviosa.

Trent aguardó en silencio. Débora, apreció, estaba muy alterada. La mujer, se dijo, sabía que Charlie estaba muerto.

Al cabo de unos momentos, Débora lanzó una gran bocanada de humo y volvió a hablar:

—¿Por qué le interesa tanto ese asunto, señor Trent?

—Los motivos son particulares, aunque digamos que tengo, una cuentecita pendiente con Charlington —contestó el joven.

—Creo que Charlie fue asesinado. Ella, la esposa de Charlington, era una zorra ninfómana. Charlie era un hombre enormemente atractivo, pero sólo me quería a mí, ¿comprende? Sí, tenía aventuras con otras mujeres, pero era inevitable. Tenía tanto atractivo que... Bueno, al final siempre acababa volviendo a mi

lado.

Débora tenía cuarenta años. Charlie, diez menos. La mujer estaba cegada y ello la hacía sentirse completamente alejada de la realidad.

—Siga, por favor —indicó.

—Doreen era muy absorbente y lo quería sólo para ella. Le cubría de dinero, le regaló joyas... y sí, le propuso que se fugaran juntos. Charlie me lo contó todo, ¿sabe?

—Me lo imagino. ¿Qué contestó a la proposición de la señora Charlington?

—¿Se figura que Charlie era tonto? Si ella le daba dinero, era porque estaba casada con el otro. Charlington lo ignoraba todo, y no le negaba el menor capricho.

—En suma, sin Charlington, Doreen habría quedado reducida a la miseria.

—Exacto.

«Claro, Charlie no era tonto y no se iba a fugar con una mujer que, a los pocos días, estaría ya sin un dólar. Y entonces, Charlie tendría que ponerse a trabajar, una perspectiva que, me imagino, debía de horrorizarle», pensó el joven.

—¿Qué más, señora? —preguntó.

—La última vez que estuvo conmigo, Charlie dijo que iba a romper con Doreen. Me sentí de acuerdo con él, no era la mujer que le convenía. Salió de casa y no volví a verle más. A los pocos días, Charlington me llamó y dijo que su mujer se había fugado con Charlie.

—Ah, le llamó el esposo engañado...

—Sí.

—Pero eso significa que conocía la relación que existía entre usted y Charlie.

—Hombre, lo supongo...

—¿Lo había mencionado Charlie a Doreen?

—No, claro que no. Charlie no era un tonto, señor Trent.

«Te he calado, pájara. Bajo tu aspecto digno y mesurado, vivías a costa de lo que conseguía Charlie por ahí. Ahora se ha secado la fuente y estás abocada a la ruina», volvió a pensar el joven.

—En resumidas cuentas —dijo—. ¿Sabe con certeza si fue asesinado, o no? Y si se cometió ese crimen, ¿dónde pueden estar

los cuerpos?

—Charlinton posee una casa en las montañas, a treinta millas de la ciudad, no lejos de Reserve Points. Está en un lugar muy solitario. Pienso que los cuerpos podrían estar allí.

—¿Lo cree de veras, señora White?

—Charlie me dijo que estaba citado con Doreen en aquella cabaña. Y sé positivamente que no volvió a la ciudad, porque su coche no ha aparecido. Tengo amigos que lo han buscado y que podrían encontrarlo, aunque lo pintasen de nuevo y lo disfrazasen por completo, pero el coche, insisto, no ha aparecido.

—La cosa parece lógica —convino Trent—. De modo que fue el propio Charlinton quien le dio la noticia de la fuga de los amantes.

—Sí.

—¿Había hablado usted antes con él, en alguna ocasión?

—No, nunca; ni siquiera le he visto en persona.

—Entonces, ¿por qué le dio la noticia?

—Creo que quiso disfrutar, pensando en lo que yo iba a sufrir. No hay otra explicación.

—Es muy posible. Señora, ¿puedo preguntarle a qué se dedica actualmente?

—De momento no trabajo. Tendré que buscar un empleo...

«Vivías de lo que conseguía Charlie. Ahora te falta él y no eres demasiado atractiva como para ganar dinero vendiendo tu físico», volvió a pensar Trent.

Débora enrojeció. Trent supo que ella había adivinado sus pensamientos.

—Siento muchísimo lo ocurrido y le doy las gracias por su amabilidad —dijo, como final de la entrevista.

—Encantada de haberle conocido, señor Trent. Me gustaría ver a Charlinton en la cárcel para siempre.

—No será fácil, señora.

Trent abandonó el apartamento y se dijo que ya era hora de volver a su casa. Al llegar, vio la placa que brillaba en la puerta de enfrente y se acercó al timbre.

—De modo que era la amante de Charlie —dijo Jenny, una vez enterada de la entrevista que Trent había sostenido con Débora White.

—En efecto. Y aún más: ella no sólo toleraba, sino que

fomentaba las actividades de Charlie. Siempre que se realizasen con mujeres adineradas, claro.

—No comprendo cómo pueden existir mujeres con tan poco sentido de la dignidad —se sulfuró la muchacha.

—Jenny este mundo está más podrido de lo que imaginas —contestó él—. Prácticamente, se puede decir que Débora «educó» a Charlie. Se trataba de un hombre joven, enormemente atractivo. Indudablemente, Débora, diez o doce años mayor que él, se sintió atraída por sus encantos varoniles. Y luego, o le impulsó o el mismo Charlie se dio cuenta de lo que podía conseguir mediante su físico y su innegable poder de seducción.

—Y así siguieron años y años hasta que un buen día, «el Bellísimo» se enredó con la señora Charlington.

—Justamente, y ése fue su error, porque, es de suponer, Charlie buscaba también la belleza femenina, y tengo entendido que Doreen era muy hermosa. Pero debió de encapricharse con Charlie y le propuso la fuga. Eso sí parece auténtico.

—¿Aceptó Charlie?

—Oh, no le creo tan estúpido. Lo comentaría con Débora, seguro; ella me ha dicho que Charlie acordó cortar sus relaciones con Doreen. Fue a verla y ya no volvió más.

—¿Seguro?

—Débora sostiene que el coche no ha aparecido y que lo ha hecho buscar. Charlington lo haría desaparecer, lo mismo que los Cuerpos de los amantes.

—Entiendo —Jenny le miró oblicuamente—. Sé lo que estás pensando, Fabián.

—¿Sí? Dímelo, por favor —sonrió Trent.

—Estás pensando en ir a buscar un pequeño y privado cementerio, situado en las inmediaciones de Reserve Points.

Trent respingó.

—¡Oye, yo no he mencionado ese nombre para nada! —exclamó. Jenny sonreía maliciosamente.

—Tengo una placa en la puerta. Lo que se dice en ella no es injustificado —contestó.

—Has estado haciendo pesquisas.

—Te vi con «el Lapa». Cuando te separaste de él, yo le alcancé y lo metí en un bar. Al principio se mostró un poco remolón. Luego se

ablandó.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Fabián, no hagas que me ruborice, por favor —contestó ella, dignamente.

—Vaya —bufó Trent—. Nunca pensé de ti... Y menos con ese tipejo.

—Tú no eres tampoco un Apolo precisamente.

—Pero soy... Bueno, ¿qué más da? —dijo Trent, muy fastidiado—. Te lo dijo Sutton. Y, ¿qué más?

—Hasta me trazó un pequeño mapa, para que pueda llegar sin dificultades a la cabaña de Charlington.

—No cabe duda, has aprendido mucho —sonrió el joven—. Sin embargo, apostarí a que te has olvidado de comprar algo muy importante.

—Dime, Fabián.

—Un pico y una pala.

—No entiendo. ¿Para qué quiero yo esas herramientas?

—Hay que buscar dos cadáveres, encanto.

Jenny palideció.

—No podría soportarlo.

—Sin el cuerpo del delito, no hay acusación posible.

—Están las pruebas que consiguió mi padre —alegó Jenny.

—¿Dónde, preciosidad? No las hemos encontrado todavía, y por lo que estoy viendo, jamás daremos con esas fotografías. Por tanto, sólo nos queda un recurso.

—Está bien —cedió ella—. ¿Cuándo iremos a Reserve Points?

—¿Te parece mañana por la mañana?

—Sí, de acuerdo.

—Te llamaré muy pronto. No está demasiado lejos, pero... quizá hemos de pasar allí todo el día.

—No me asusta madrugar —sonrió Jenny.

Trent se encaminó a la puerta. De pronto, vio algo sobre una consola y lo levantó en alto.

—¿Aún la guardas? —preguntó.

Jenny contempló unos instantes la placa dorada en la que figuraba el nombre de su padre.

—Es un recuerdo —dijo al cabo.

—Ya —murmuró él. Sopesó la placa y volvió a dejada en su sitio

—. Un día la guardarás debajo de un montón de sábanas.

Abrió la puerta y lanzó una exclamación:

—Eh, ¿qué es eso?

Intrigada, Jenny corrió hacia la puerta y no menos asombrada que el joven, contempló el enorme baúl que había frente a la puerta del apartamento de Trent.

—¿Has encargado el baúl para dar la vuelta al mundo? —preguntó.

Trent hizo un gesto negativo.

—En absoluto. No tengo la menor idea de quién puede haberlo traído —respondió—. Quizás no sea para mí.

Jenny salió al pasillo, se acercó al baúl y vio una etiqueta en la que figuraba el nombre de Trent.

—No cabe duda, es para ti, Fabián —dijo.

Trent se sintió instantáneamente aprensivo.

—Puede ser una trampa.

—Ábrelo y lo sabremos —indicó ella.

—No sé... Podría haber una bomba, ¿no crees?

—Las bombas no se envían en baúles, tonto.

—Oh, el ingenio de los que envían bombas es inagotable.

—Conocí a uno al que le enviaron una en una caja de bombones.

—La abrió, explotó y...

—No. La bomba estaba dentro de un bombón muy grande. Le voló la cabeza.

—¡Qué macabro! —comentó Jenny—. En todo caso, llama a la Policía...

De pronto, se oyeron unos ruidos raros en el interior del baúl.

—¡Hay una fiera encerrada! —exclamó ella, muy asustada.

CAPÍTULO XI

Trent examinó el baúl con gran cuidado y acabó por descubrir unos cuantos orificios de ventilación. Dentro se oían sonidos extraños, como de uñas que rascasen las paredes del baúl.

—Una fiera —murmuro.

—Una serpiente —apuntó ella.

—¡Jenny, las serpientes no tienen garras!

—Entonces, una pantera... ¡Un perro rabioso!

Trent dio un salto lateral.

—¡Demonios!

Los ruidos de uñas que rascaban volvieron a escucharse. De pronto, se oyó un sonido muy distinto.

Eran golpes que se sucedían con un ritmo determinado. Trent se acercó y escuchó con gran atención.

—Punto, punto, punto... Raya, raya, raya... Punto, punto, punto... ¡Es un S.O.S.! —exclamó—. ¡Hay una persona encerrada en el baúl!

—Increíble —dijo Jenny.

Trent abrió la puerta de su apartamento y, agarrando el baúl con ambas manos, lo arrastró al interior, Jenny entró tras él.

—Abre, pronto —exclamó, muy excitada.

Trent buscó las cerraduras y soltó las presillas. Hizo girar las dos mitades del baúl. Un cuerpo humano rodó por el suelo instantáneamente.

—¡Linda! —gritó el joven.

La rubia se agitaba débilmente. Trent se dio cuenta de que, además de la boca tapada con esparadrapo, tenía ligadas las muñecas y los tobillos.

Por si fuese poco, estaba completamente desnuda. Había infinidad de moretones en todo su cuerpo y tenía los ojos casi cenados, a causa de los golpes recibidos.

—Jenny, trae ropas tuyas —ordenó Trent, mientras se arrodillaba junto a Linda—. Tranquila, muchacha; no ha pasado nada. Estás entre amigos.

Cuidadosamente, quitó la mordaza. Linda estaba consciente, pero sometida a un «*shock*» de pánico que casi no la dejaba hablar.

—Me sorprendieron... cuando iba a telefonearte... Entre los dos, me apalearon salvajemente...

Trent la alzó en brazos y la llevó a su cama.

—Tranquilízate, todo ha pasado —dijo con acento persuasivo. La tapó con una manta y fue a la cocina a calentar agua para el café.

Jenny llegó con un camisón suyo y una bata. Buscó en el cuarto de baño y empezó a curar las heridas que sangraban, aunque, por fortuna, eran sólo superficiales. Linda se quejaba sordamente.

Trent vino poco después y procuró que la joven tomase unos sorbos de café.

—He pasado un miedo espantoso —confesó Linda—. Creí que iban a tirarme al mar.

—De modo que te descubrieron —dijo Trent.

Linda hipó un par de veces y asintió.

—Fue ese miserable, Hyle... Llamó a Charlington, y entre los dos, me golpearon hasta que se cansaron. Charlington dijo que me iría sin nada de lo que él me había dado. Perdí el conocimiento un par de veces. En la segunda ocasión, me encontré encerrada en el baúl.

—Llamaremos una ambulancia —propuso Jenny.

—¡No! —contradijo Linda con vehemencia—. Me curaré pronto. Por fortuna, no tengo roto ningún hueso, aunque me duelen todos —de súbito, se incorporó sobre un codo—. Fabián, quieren tenderte una trampa —exclamó.

—Lo oíste, y al tratar de decírmelo, fue cuando te sorprendieron —supuso él.

—No. Lo escuché dentro del baúl. Yo había recobrado el conocimiento, pero ellos creían que aún seguía desmayada. Dijeron que encargarían al «Lapa» de atraerte no sé dónde.

Trent se separó inmediatamente de la cama y corrió al teléfono. Momentos después, estaba en comunicación con Sutton.

—Tommy, ¿te ha llamado Charlington? —preguntó.

—No, todavía no. ¿Pasa algo?

—Sé que quieren atraerme a una emboscada. Te lo dirán a ti. Ten cuidado, porque quizá empiecen a sospechar.

—Esto no me gusta nada —contestó Sutton—. Ahora mismo me esfumo. Ya le llamaré desde otro sitio.

—Comprendo.

—Es que si le van a tender esa trampa, harán que yo vaya con usted para inspirarle más confianza y entonces me liquidarán también a mí.

—Estoy de acuerdo contigo. Llámame por la mañana, ¿quieres?

—Sí, señor.

Trent regresó al dormitorio.

—La trampa no funcionará —dijo—. En todo caso, seremos nosotros los que preparemos la encerrona.

—¿Cómo? —preguntó Jenny.

—Les haremos saber que vamos a Reserve Points.

—Oh, eso es absurdo.

—¿Qué hay en Reserve Points? —preguntó Linda, con los ojos cubiertos por un paño húmedo.

—Sospechamos que Doreen y Charlie fueron enterrados allí.

—¡Claro! Tiene que ser cierto... Hace un par de meses, estuve allí y vi un trozo de tierra en el que habían crecido unas flores muy hermosas. Charlington me dijo que había empleado un abono especial.

Jenny oyó aquellas palabras y se puso una mano en la boca.

—Será mejor que tomes una taza de café —aconsejó el joven—. ¿Dónde está ese pequeño jardín, Linda?

—Detrás de la casa, a unos cien metros. Hay unas rocas. Busca al pie de la más alta, que está un poco inclinada hacia afuera...

—Buscaremos allí, descuida.

Trent llenó de nuevo la taza de Linda y le entregó una tableta.

—Esto te hará dormir —sonrió.

Jenny vino poco más tarde. Linda empezaba a conciliar el sueño.

—Me pregunto por qué no la han asesinado —murmuró.

—Charlington, mejor dicho, Hyle, es muy astuto. Al enviarme a Linda aquí, apaleada, pensará que yo me voy a enfurecer. Por tanto, cuando me llamen por medio de Sutton para hacerme ir al lugar de la emboscada, pensarán que la cólera no me dejará reaccionar.

Linda, por otra parte, no sacaría nada denunciándolos a la Policía, y ellos lo saben.

—En resumen, la han empleado como cebo.

—Exactamente. Pero ellos ignoran que ya hemos averiguado dónde están los dos cadáveres. Se llevarán una sorpresa, créeme.

Jenny forzó una sonrisa.

—Todavía no se me ha pasado el susto —dijo—. Cuando oí aquellos ruidos que salían del baúl...

—Sí, era muy impresionante —convino el joven.

Consultó su reloj.

—Creo que deberías acostarte. Mañana hemos de madrugar.

—Quizá Linda necesita que la cuiden.

—En todo caso, te llamaría. Es decir, si confías en mí.

Jenny hizo un gesto malicioso.

—No está hoy para fiestas —dijo—. Fabián, ¿cuántas veces...?

—¿Por qué a las mujeres ha de preocuparles tanto lo que un hombre haya podido hacer con una congénere?

—Era sólo curiosidad, no te ofendas —se disculpó ella.

—Bueno, a fin de cuentas, es muy atractiva... y uno no es de piedra. Pero puedes estar segura de que no han quedado rastros.

—Más vale así. Lo digo por ti, naturalmente.

Trent sonrió.

—Puedes estar segura —dijo.

Jenny se marchó. Trent volvió al dormitorio.

Linda dormía ya apaciblemente. En realidad, había recibido muchos golpes, pero ninguno había causado daños irreparables. Estaría dolorida unos cuantos días y luego volvería a la normalidad. Lo peor habían sido las horas que había pasado encerrada en el baúl, temiendo ser arrojada al mar en cualquier momento.

Apagó la luz y se fue a la sala, tendiéndose en el diván. Fumó un cigarrillo, y al cabo, cerró los ojos y se durmió.

Estaba sumido en un profundo sueño, cuando, de pronto, sintió que le zarandeaban con fuerza.

—Despierta... Vamos, abre los ojos... Tengo algo importante.

Trent abrió los ojos trabajosamente. Todavía embotado por el sueño, divisó a Jenny, inclinada sobre él.

Estaba en camisón y parecía muy excitada. El tirante izquierdo se le había caído, sin que se diera cuenta, y el seno izquierdo,

redondo, firme, quedaba al descubierto.

—Tengo que enseñarte una cosa.

—La estoy viendo y me gusta muchísimo —contestó Trent.

Jenny bajó la vista y lanzó una exclamación.

—¡Oh! Eres un... Traigo la solución y lo único que se te ocurre es mirar donde no debes.

—La culpa no es mía, sino de tu camisón —gruñó él—. Si hubieras usado pijama...

—Dios mío, he encontrado lo que buscábamos y estamos hablando aquí como tontos de prendas de dormir —se irritó la muchacha—. Me dan ganas de largarme ahora mismo, ¿sabes?

Trent se sentó en el diván. Buscó los lentes y se los puso.

—Bueno, suéltalo ya —dijo. Miró su reloj—. Sí, debe de ser muy importante, cuando me despiertas a la una y media de la madrugada. ¿De qué se trata?

—Fabián ¿recuerdas lo que dijo Sally Smart?

—¿Cómo iba a olvidarlo? Fue lo último que habló en su vida.

—Bien, Sally dijo que las pruebas estaban tan a la vista, que nadie sería capaz de verlas. Y yo comenté que tenía que ser algo que todo el mundo podía ver.

—Sí, lo recuerdo, eso fue lo que se mencionó.

—Entonces, ¿no se te ocurre qué cosa era que todo el mundo podía ver, sin que viese las pruebas?

—Confieso mi ignorancia, encanto. ¿Por qué no lo sueltas de una vez y me liberas de este tormento?

Jenny tenía las manos a la espalda. De pronto, enseñó la placa de metal dorado en la que figuraba el nombre de su padre.

—No podía dormir —declaró—. Di un par de cabezadas y luego me desvelé. Quería fumar y no tenía los cigarrillos a mano, así que me levanté. Estaban en el bolso, sobre la consola. Al abrir el bolso, la placa resbaló y cayó al suelo, quedando con el reverso hacia arriba. Entonces vi algo que me extrañó, la recogí, miré y...

Jenny sostenía la placa frente al joven, con el anverso pegado a su pecho. Trent divisó una especie de fono de cartulina, que cubría el ligero hueco interior, ya que el rótulo tenía un ligero abombamiento visto por la parte en que estaban grabadas las letras correspondientes al dueño y a su profesión. Con dos dedos, Jenny asió una esquina de aquel forro y tiró a un lado.

Trent saltó en su asiento.

—¡Rayos! —gritó—. Es cierto, ahí están...

Los negativos revolotearon en el aire. Trent los recogió de la alfombra y puso uno de ellos a contraluz.

—No hay fotografías —observó.

—Teniendo los negativos, ¿importa mucho? Tal vez mi padre envió algunas copias, para probar que tenía la película.

Trent asintió.

—Es muy probable —respondió—. Bien, encanto, ya has descubierto el enigma. Estaban tan a la vista, que nadie podía verlos. El mejor sitio para esconder las pruebas de un doble crimen. Y ahora, sólo falta que encontremos los cadáveres.

—¿Piensas desenterrarlos? —se alarmó Jenny.

El joven entornó los ojos.

—Quieren tenderme una trampa y creo que es justo que yo les devuelva la pelota —contestó.

—¿Cómo, Fabián?

—Sutton me ayudará.

—Creo que entiendo...

Trent buscó un sobre, guardó en él los negativos y luego lo dejó metido en un libro.

—Jenny, ¿por qué no tratas de dormir un poco? —sugirió.

—Lo siento. No tengo sueño en absoluto. ¿Cómo está Linda?

—Supongo que bien...

Trent fue al dormitorio, echó un vistazo y regresó.

—Duerme apaciblemente. Como yo, espero, dentro de cinco minutos —y se tendió de nuevo en el diván.

—No sé cómo puedes sentirte tan tranquilo —dijo ella, exasperada.

Trent abrió un ojo.

—Lo que haya de ser, será, y no podremos evitarlo, por más que hagamos esfuerzos en contrario. Además, si luego va a haber jaleo, me conviene estar en perfecta forma física, cosa que no conseguiré permaneciendo desvelado. Cierra cuando salgas, ¿quieres?

Jenny se marchó hacia la puerta.

—No hagas ruido al cenar —añadió él.

—Eres un...

—El camisón me ha gustado mucho. Es realmente una prenda

muy atractiva.

—Mañana me compraré un saco —se despidió Jenny, furiosa.

Trent soltó una risita y apagó la luz. Jenny estuvo a punto de dar un portazo, pero se contuvo a tiempo. Salió de puntillas, cenó con todo cuidado y regresó a su apartamento.

CAPÍTULO XII

La carretera ascendía serpenteando por parajes de inigualable belleza. Trent, sin embargo, no podía distraerse demasiado contemplando el paisaje, concentrado en el manejo del automóvil. Pensaba que, en cierto modo, Charlington había tenido un gusto más que aceptable al hacerse construir su casa de recreo en aquella zona.

De cuando en cuando, examinaba el mapa trazado por Sutton y que Jenny le había entregado. Sí, seguía el camino correcto y ya no faltaba mucho para alcanzar el objetivo. De pronto, la carretera se niveló y entre los árboles, a unos quinientos metros de distancia, se vio la estructura de la cabaña.

Jenny estaba profundamente dormida, a su lado. Trent le dio un codazo.

—Despierta, encanto.

Ella abrió los ojos.

—¿Hemos llegado?

—Ahí está el pequeño cementerio florido.

Jenny se acomodó en el asiento.

—¿Dará resultado? —preguntó.

—Sutton me llamó a la hora convenida y dijo que Charlington había intentado localizarle. Habló con Hyle, a quien le dijo que había estado toda la noche vigilando mi apartamento.

—¿Se lo creyó Hyle?

—Sí. Después, Sutton ha vuelto a hablar con él y le dirá que nos ha visto salir en dirección a las montañas. También mencionará mi entrevista con Débora White.

—La «maestra» de Charlie.

—Justamente. Y como no son tontos, sacarán sus propias conclusiones y vendrán aquí como montados en un cohete.

El camino desembocaba en una amplia explanada, en uno de

cuyos costados estaba la cabaña de recreo. Trent paró el coche y se apeó, seguido de la muchacha.

No lejos de allí, una cascada se desplomaba rumorosamente entre unas rocas y corría luego, en infinitud de espumosos saltos, hacia el cañón que se divisaba más abajo. Trent aspiró a pleno pulmón el aire puro y embalsamado.

—Es reconfortante —dijo.

—Me gustaría ser el dueño de esta casa —murmuró ella.

—Puedes comprársela a Charlington cuando lo veas.

—Pero hay un cementerio y...

—Con el tiempo, eso se olvida. Lo peor, sin embargo, es el invierno. Habrá lobos, osos...

—Basta, no me pongas los pelos de punta. Renuncio a la idea —se estremeció Jenny.

Trent sonrió, mientras caminaba hacia las rocas situadas al otro lado. Momentos más tarde, se detenía frente a la enorme piedra inclinada hacia afuera, al pie de la cual, se veía un trozo de tierra en donde la hierba y las flores crecían con mayor profusión que en el resto de la zona.

Jenny contempló el lugar en silencio. Al cabo de unos momentos, se volvió hacia el joven.

—¿Piensas cavar, Fabián?

Trent no dijo nada. Escuchó unos instantes y luego se volvió hacia el camino.

—Oigo ruido de motores —contestó al fin—. Ya llegan.

Jenny se estremeció.

—Oh, Fabián, tengo miedo...

—Yo también. Pero no nos pasará nada —aseguró Trent.

El coche se detuvo y sus dos ocupantes corrieron hacia la pareja. El rostro de Charlington aparecía congestionado por la ira. Hyle, en cambio, se veía más preocupado, apreció Trent.

—Han sido demasiado impudentes —gritó Charlington—. No dejaré que repitan a nadie lo que saben.

—Ah, lo admite —dijo Trent calmadamente.

—No conteste, jefe —aconsejó Hyle.

—¡Déjame en paz! —dijo Charlington bruscamente—. A estas horas, es inútil fingir. Sí, están entrenados ahí. La zona de mi esposa y su chulo, el hombre que la explotaba y que la hizo perder el seso,

¿me oyen los dos?

—Usted es un hombre con grandes negocios. No debió haber hecho una cosa semejante —respondió el joven—. Total, donde una mujer falla, se encuentra otra. Como Linda Opperwood. Si usted amaba tanto a su esposa, no la habría sustituido tan pronto, me parece.

Charlington se pasó una mano por la frente.

—Perdí la cabeza... Esas cosas le pasan a cualquiera, ¿no?

—Según —dijo Trent—. Matar a la esposa y al amante, sólo porque ella quiera dejarle, no es cosa que suceda a diario. Quizá había algo más —continuó—. Charlie era un cerdo. La embaucó miserablemente... Ella no lo sabía ver, no se daba cuenta de que Charlie sólo quería su dinero, las joyas que le regalaba... Cuando se enteró de que Doreen quería marcharse para unirse a él, se asustó y me lo confesó.

—Entonces, no tenía sentido matarlos —adujo el joven.

—Charlie quería una buena suma de dinero, para marcharse y desaparecer durante algunos años. Puede que fuese sincero, pero yo no me fiaba de él. No era hombre de confianza, y no tenía ganas de que me estafase.

—Y lo citó aquí...

—Sólo quería eliminarle a él, pero Doreen se enteró, no sé cómo, y apareció unos minutos antes. Los sorprendí... Y ya no me quedó otro remedio que matarlos a los dos.

—Supongo que Hyle le ayudó a cavar la tumba, ¿no es cierto?

El hombre de los ojos hundidos se agitó, repentinamente incómodo.

—Bueno, había venido conmigo... —dijo Charlington.

—Luego sucedió que Tucson descubrió el pastel y quiso sacar una buena tajada.

—Sí, dijo que tenía pruebas de los crímenes, pero yo no lo creí. Insistió una y otra vez. Me pedía medio millón, ¿sabe? Así que un día me harté y lo mandé al infierno. ¿Pruebas? —Charlington sonrió despectivamente—. Sólo estaba Hyle conmigo. Me ayudó a cavar la tumba y no iba a ser tan tonto como para delatarme, sabiendo que él también iba a ser condenado por complicidad.

—En eso creo que se equivoca —manifestó Trent sin perder la calma—. Las pruebas existen y nosotros las hemos encontrado.

Un profundo silencio se hizo repentinamente en aquel lugar.

Trent observó que Hyle, de rostro pálido ya de por sí, se había puesto aún más pálido.

—Hyle sabía lo que iba a pasar y se preparó adecuadamente —continuó el joven—. Usted no lo supo, pero Hyle tomó fotografías cuando disparaba contra ambos amantes. Aún más, en los descansos de la excavación de la sepultura, Hyle impresionó aún más placas. Pero alguien lo vio todo y después actuó en consecuencia, «birlando» la cámara, con la película en su interior. De modo que Hyle se quedó sin el arma que pensaba utilizar más adelante contra usted.

»Hay fotografías en las que se le ve a usted cavando la tumba. Hyle, supongo, iba de cuando en cuando a la casa y traía algo de beber. Luego, naturalmente, agarraba una pala y se le unía en la tarea. Pero Tucson les había seguido disimuladamente, lo presintió todo y decidió que sería un buen pastel del cual quería una parte.

»Hyle sabía a qué pruebas se refería, pero no le comprometían en absoluto; por eso le sugirió la idea de eliminar a un tipo molesto. Usted aceptó... y después vino lo que ha pasado, incluyendo los asesinatos de otras personas que creía podían saber algo sobre el particular.

»No, Charlington, no le preocupaban las posibles acusaciones sobre fraude fiscal, sino las muertes que había cometido por su propia mano. Ese delito es el que le enviará a usted a presidio para el resto de sus días —concluyó Trent.

Charlington tenía los ojos fuera de las órbitas. De pronto se volvió hacia Hyle.

—Conque fue usted quien me traicionó...

—Y el que se volvía loco buscando las fotografías sin encontrarlas, aunque las tuvo a la vista docenas de veces —dijo el joven—. Estaban en el reverso de la placa que Tucson tenía ante la puerta de su apartamento. Todo el mundo veía el rótulo de metal dorado, pero nadie podía imaginarse que en el anverso estaban los negativos.

Hyle le apuntó con el arma.

—Démelos —aulló—. Démelos o...

—Lo siento. Están en poder de la Policía.

Repentinamente, sonó un grito inhumano.

—¡Tú, maldito...! Me has traicionado, inmundo bastardo.

Charlinton parecía haber enloquecido. Hyle se volvió hacia él, pero el revólver de Charlinton escupía ya una serie de fragorosas detonaciones, que le hicieron saltar convulsivamente varias veces antes de desplomarse en el suelo.

Entonces, un arma de fuego detonó desde otro sitio.

Charlinton lanzó un chillido, soltó el revólver y se llevó la mano al hombro izquierdo, a la vez que se arrodillaba sobre la hierba.

Jenny se sentía pasmada.

Broxnum, seguido de varios hombres de uniforme, apareció por el otro lado de las rocas. Un policía se puso en pie, sobre la piedra más alta, sosteniendo con ambas manos un fusil provisto de mira telescópica.

Las lágrimas rodaban por las redondas mejillas de Charlinton.

Sabíase irremisiblemente condenado y se daba cuenta de que no habría abogado, por hábil que fuese, que le salvase de la más severa condena.

Broxnum se acercó a su amigo.

—Fabián, gracias... pero no lo vuelvas a repetir —dijo.

Trent sonrió.

—Puedes estar seguro de ello, Peter —contestó.

Luego, Broxnum miró a la muchacha.

—Siento lo de su padre —añadió—. Pero no se lo reproche. En este mundo, todos podemos tener un momento de flaqueza. Y él, para su desgracia, lo pagó demasiado caro.

Jenny asintió en silencio. Broxnum agitó una mano.

—Vengan a verme a mi oficina —indicó.

Y se fue hacia el lugar donde sus hombres se preparaban ya con las palas.

Una ambulancia y una furgoneta de las de la Policía llegaron en aquel momento. El médico se aprestó a curar a Charlinton. Los de la furgoneta sacaron dos ataúdes.

Trent puso una mano en el hombro de la muchacha.

—Será mejor que volvamos a casa —dijo.

Charlinton aparecía totalmente derrumbado. Trent pensó en la bofetada que había recibido una semana antes. No lo había hecho por venganza, pero no pudo evitar el pensamiento de que aquella

bofetada le había resultado cara.

Y luego apartó aquellas ideas de su mente y se dijo que debía pensar en algo más agradable.

Jenny llegó a su casa cargada de paquetes y al abrir se dio cuenta de que la placa había desaparecido de la puerta.

Frunció el ceño mientras se preguntaba quién podía haber sido el autor del hecho. No lo lamentó, sin embargo; había tenido una experiencia y pensaba que ya era más que suficiente.

Entró. Arqueó las cejas al ver a Trent, sentado en el diván, con un cuaderno en las rodillas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—He estado meditando —respondió él—. Ah, supongo que te habrás fijado en que la placa ha desaparecido.

—¿Sí? ¿Has sido tú?

—En efecto. Estoy redactando el texto de otra placa...

—¿Otra? Y, ¿qué va a decir, si se puede saber?

—Tú eres abogado, me parece.

—Con el título en regla, Fabián.

—Y yo, modestia aparte, soy un buen contable, de los mejores. No vale la pena engañarnos, encanto.

—Bien, sí, es cierto. Pero ¿adónde vas a parar?

—Mira... —Trent le enseñó la libreta—. ¿Qué te parece el rótulo que voy a encargar?

TRENT & TRENT, ASESORÍA FISCAL

—Es decir, trabajaríamos juntos.

—Sí, preciosa.

—Pero yo me apellido Tucson.

—Bueno, si te casas conmigo...

Jenny contuvo el aliento.

—No hablas en serio —contestó.

—Lucille dijo que, si nos casábamos, nos ahorraríamos el alquiler de un apartamento —recordó Trent malicioso.

—Entonces, está claro. ¿Te casas conmigo sólo por economía?

—Mujer, hay algo más...

—¿Qué, Fabián?

Trent se puso en pie de un salto y la abrazó fuertemente.

—Un camisón encantador —dijo.

—¡Bandido! —le apostrofó ella.

Pero sonreía satisfecha.

—Tengo otro más atractivo todavía —añadió.

Los brazos de Trent aumentaron la presión un poco más.

—Y también hay algo más que un camisón muy sugestivo —dijo.

Los ojos de la muchacha captaron la luz que brillaba en las pupilas de Trent.

—Creo que lo sé —murmuró.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Encargamos la placa?

—Sí, vamos a encargarla —exclamó ella, apasionadamente.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

